Ijwān al-Ṣafā'

La disputa entre los animales y el hombre

Edición de Emilio Tornero Poveda

Biblioteca Medieval XXVI **Ediciones Siruela**

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Título original: *Al-Ḥayawān wa-l-insān*
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© De la introducción, traducción, notas y bibliografía, Emilio Tornero Poveda
© Ediciones Siruela, S. A., 2006
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid Tel.: + 34 91 355 57 20
Fax: + 34 91 355 22 01
siruela@siruela.com www.siruela.com
Printed and made in Spain

Índice

Introducción
Emilio Tornero Poveda 11
Nota sobre la traducción 27

La disputa entre los animales y el hombre

Prólogo 31

Capítulo I 37
Primera prueba 37
Explicación de la excelencia de los sentidos de los animales 41
Segunda prueba 42
Explicación de las quejas del animal e injusticia del hombre 42
Explicación de la superioridad del caballo sobre los restantes cuadrúpedos 47

Capítulo II 51
Explicación de lo provechoso que es consultar a los consejeros 51

Explicación del origen de la enemistad que existe entre los hombres y los genios 55
Explicación del modo que tiene el pueblo para descubrir los secretos de los reyes 60

Capítulo III 67
Explicación de cómo se desarrollaron las sucesivas embajadas 67
Explicación de cómo debe ser el mensajero 71
Explicación de la compasión y misericordia del dragón para con los reptiles 92
Explicación de la alocución y sabiduría del grillo 93

Capítulo IV 101
Explicación de las cualidades del león 114
Explicación de las cualidades del Ave Fénix 115
Explicación de las cualidades del dragón y de la serpiente marina 116
Explicación de las abejas, su maravillosa condición, gracias y dones peculiares que no se hallan en los otros insectos 122
Explicación de la buena sumisión de los genios a sus jefes y reyes 126
Tercera prueba 129
Cuarta prueba 135
Quinta prueba 142
Sexta prueba 145

Capítulo V 153
Séptima prueba 153
Octava prueba 180
Novena prueba 183
Décima prueba 187

Epílogo 191

Notas 193
Bibliografía 209

Kalīla y Dimna
(Bibliothèque Nationale, París)

Introducción[1]

A la memoria de D. Fernando de la Granja

La fuente árabe: *La disputa entre los animales y el hombre*

La disputa entre los animales y el hombre constituye la mayor parte de la epístola veintidós de una ingente «Enciclopedia» del saber, conocida por el nombre de *Rasā'il Ijwān al-Ṣafā', Las Epístolas de los Hermanos de la Pureza (o de los Hermanos Sinceros)*[2].

Las cincuenta y dos epístolas de que consta esta «Enciclopedia» –aunque, a veces se alude en las epístolas, y en concreto

[1] Esta traducción fue publicada primeramente, con el título *La disputa de los animales contra el hombre*, en la Editorial de la Universidad Complutense, Madrid, 1984. Habiéndose agotado hace tiempo, se trata ahora de una reedición de dicha traducción con la oportuna corrección de erratas y con una nueva Introducción.

[2] Sobre esta obra y sus autores puede consultarse el artículo de I. Marquet en la *Encyclopédie de l'Islam*, Nouvelle édition, Leiden-París, 1960 y ss., *s. v. Ikhwān* al-Ṣafā', v. III, 1098-1103. (En lo sucesivo será citada como EI², mientras que por EI¹ nos referiremos a la 1ª edición , realizada en 4 v. y 1 suplemento en Leiden-París, 1908-1937.)

En castellano puede consultarse M. Cruz Hernández: *Historia del pensamiento en el mundo islámico. 1. Desde los orígenes hasta el siglo XII*, Madrid, Alianza, 1981, pp. 148-153.

aquí en el apólogo, en su epílogo, a que son 51[3]– constituyen un compendio de conocimientos variadísimos que fueron compilados y redactados desde finales del s. IX hasta mediados del s. X, al parecer por unos autores de tendencia *ismā'īlí*[4] que se denominaban a sí mismos y a todos los adeptos a su doctrina *Ijwān al-Ṣafā'* = Hermanos de la Pureza o Hermanos Sinceros.

Con estas epístolas intentaban los Ijwān, de un modo velado, propagar el movimiento *ismā'īlí*, movimiento que representó durante los siglos X y XI la más importante oposición al califato abbasí.

El movimiento *ismā'īlí* fue un movimiento surgido dentro de la *šī'a*. Ésta tiene su punto de partida en las luchas dinásticas que tuvieron lugar tras la muerte de Mahoma, agravadas sobre todo con el asesinato del tercer califa, 'Uṯmān, en el año 656. El califa impuesto entonces, 'Alī, primo y yerno del Profeta, no fue, sin embargo, reconocido por todos los musulmanes, surgiendo así la primera ruptura, *fitna*, de la comunidad islámica, ruptura que fue definitiva y que ha dado origen a las dos maneras de entender el Islam: la *sunní* y la *šī'ī*.

Aquellos que frente a 'Alī se agruparon en torno a los omeyas son los antepasados de los *sunníes*, esto es, de aquellos que siguen la *sunna* o costumbre del Profeta, mientras que los seguidores de 'Alī y de sus descendientes, que fueron casi exclusivamente iraquíes e iraníes, son los *šī'íes*, término que quiere decir: seguidores. Por tanto, seguidores de 'Alī y de sus descendientes.

Frente a la tradición más «democrática» árabe, típica de la organización tribal, la *šī'a* tiene una concepción más autoritaria no sólo respecto del poder, sino respecto de la forma de entender la religión. Así, con relación al texto sagrado musulmán, el Corán, la *šī'a* distingue en él dos sentidos, uno externo, exotérico, y otro interno, esotérico, que constituye el verdadero sentido del texto. Mientras el sentido exotérico es captable por todos, no

[3] La investigación no ha aclarado el porqué de esas alusiones a 51 epístolas.

[4] La adscripción de los autores al movimiento *ismā'īlí* es asunto debatido. I. Marquet, tal vez el investigador que más ha trabajado el tema, la admite rotundamente. De todos modos, un cierto clima *šī'ī- iismā'īlí* sí se percibe en las *Rasā'il*. Por ello doy a continuación unas breves referencias sobre estos grupos.

ocurre, sin embargo, lo mismo con el sentido esotérico, que sólo es captado por los Imames, es decir por 'Alī y sus descendientes, quienes se constituyen, por lo tanto, en mediadores necesarios para la comunidad islámica[5].

De este modo surge la teoría *šī'í* del Imamato, según la cual los Imames forman el «ciclo» siguiente al de los profetas, ciclo que fue cerrado y sellado por Mahoma, el sello de los profetas.

En el año 750, en vida todavía del sexto de estos Imames, Ŷa'far al-Ṣādiq, murió su hijo Ismā'īl. Los que siguieron entonces al hermano de Ismā'īl, Mūsà Kāżim, recibieron el nombre de duodecimanos, por llegar a reconocer hasta doce Imames, recibiendo, en cambio, el nombre de *ismā'īlíes* los que siguieron al hijo de Ismā'īl, Muḥammad, por seguir su tronco. Para estos últimos, Ismā'īl es el séptimo y último Imam, por lo que son conocidos también por el nombre de septimanos.

Sin embargo, tras Ismā'īl viene una nueva sucesión de Imames cuya presencia no es visible, pues permanecen velados a las miradas humanas, en una situación de clandestinidad, para guardarse del poder abbasí. Y es precisamente al segundo de estos Imames después de Ismā'īl al que la tradición atribuye el patrocinio de la composición de estas epístolas de los Ijwān. Tal vez esta clandestinidad sea la responsable incluso de las escasas alusiones explícitas que hay en las epístolas a este movimiento *ismā'īlí*, según defienden los partidarios de la adscripción de las epístolas a dicho movimiento.

De todos modos, tenemos aquí una enorme riqueza intelectual que sobrepasa con creces cualquier reducción político-religiosa que podamos considerar y que, desde luego, bien podría haber influido en su motivación. Reflejan estas epístolas un clima intelectual de primera magnitud presidido por un espíritu ecléctico, fruto de una cierta tolerancia y de la convivencia entre miembros de distintas religiones y credos. Respecto a su contenido, encontramos en ellas elementos muy diversos. Hay vesti-

[5] El término árabe *imām* = imán (DRAE) se aplica más comúnmente al que preside y dirige la oración en la mezquita. El mismo término se aplica, pues, a 'Alī y sus descendientes con estas connotaciones que aquí explico, y que lo pongo en mayúscula para diferenciarlo de esa otra acepción.

gios de astrología babilónica junto a elementos astrológicos indios e iranios, fundido todo ello con la astrología griega. Hay también cuentos de origen indio y persa. Tenemos, asimismo, abundantes préstamos de textos rabínicos y de la Biblia, Antiguo y Nuevo Testamento, siendo la influencia cristiana particularmente grande. Pero la fuente principal del contenido de las epístolas es, sin duda, el pensamiento griego, destacando Hermes Trimegisto, el pitagorismo, Aristóteles y Platón e impregnándolo todo, el neoplatonismo.

El origen de toda esta amalgama se halla en los sabeos de Ḥarrān, ya que éstos habían fundido en una síntesis, operada bajo el signo del hermetismo, su religión de origen babilónico con el mitraísmo y la filosofía griega. Los Ijwān, a su vez, han realizado un nuevo sincretismo al fundir con el Islam esta síntesis sabea y al conceder un lugar privilegiado al neoplatonismo.

Las *Rasā'il* fueron introducidas en al-Andalus a mediados del siglo XI por el cordobés al-Kirmānī (m. 1066), aunque es posible también que hubieran sido introducidas antes por el madrileño Maslama b. Aḥmad (m. 1007)[6]. La influencia de las *Rasā'il* no quedó restringida a al-Andalus sino que pasó a la España cristiana, ya que sus huellas pueden rastrearse en la literatura romance, como es el caso de los *Libros del saber de Astronomía*, de la *Poridat*, de *La doncella Teodor* y de las *Partidas*[7].

En *La disputa*, sin embargo, aparecen pocos de estos aspectos filosóficos, pues su estructura a manera de fábula persigue

[6] Cfr. Ṣā'id al-Andalusī, *Historia de la filosofía y de las ciencias o Libro de las categorías de las naciones (Kitāb Ṭabaqāt al-umam)*, trad., notas e índices de E. Llavero Ruiz; introd. y notas de A. Martínez Lorca, Madrid, Trotta, 2000, p. 148. M. Asín Palacios, «El filósofo zaragozano Avempace», *Revista de Aragón*, I, agosto (1900), p. 236. También del mismo autor, *Abenmasarra y su escuela*, Madrid, 1914, p. 108, nota 1, y E. García Gómez, «Alusiones a los Ijwān al.Ṣāfā' en la poesía arábigo andaluza», *Al-Andalus*, 4 (1936-1939), pp. 462-463, notas 2 y 3.

[7] Al menos en el tema del hombre como microcosmos. Véase F. Rico, *El pequeño mundo del hombre. Varia fortuna de una idea en las letras españolas*, Madrid, Alianza, 1988, pp. 59-80.

otros fines que los de una exposición doctrinal. Nos encontramos en esta obra con un apólogo en la línea del *Calila y Dimna*, que incluso son citados aquí, y en el que los animales disputan con el hombre respecto a la pretendida superioridad de éste sobre aquéllos, superioridad que justificará el señorío del hombre y el poder utilizarlos a su servicio. Los animales rebaten una y otra vez los argumentos y pruebas aducidos por el hombre en apoyo de su pretensión hasta que éste encuentra la verdadera razón de su superioridad en las promesas de Dios referentes a su resurrección y a su entrada en el paraíso, a diferencia de los animales. Terminan éstos, finalmente, reconociendo esa prueba y dando la razón al hombre respecto a su superioridad sobre ellos.

Éste es el tema principal de la obra, pero la enumeración de toda clase de animales es aprovechada para hacer pintorescas descripciones zoológicas, en ocasiones muy minuciosas y precisas, que denotan una clara influencia griega[8], y para realizar, en boca de los animales, una crítica social en la que en algún momento se percibe, según I. Marquet, la tendencia *ismā'īlí* de los autores.

También puede encontrarse, siempre según Marquet, toda una simbología de carácter *ismā'īlí* en los mismos animales y que en esencia es la siguiente:

En general, los animales simbolizan a la comunidad de los iniciados en las doctrinas *ismā'īlíes*, y entre los animales destacan sobre todo los animales domésticos, que figuran en la obra como huidos y perseguidos por el hombre para volver a esclavi-

[8] Sobre esta cuestión pueden verse también los análisis de I. Marquet, *op. cit.*, pp. 179 y ss. En general, sobre la zoología, la psicología de los animales y sus antecedentes griegos puede consultarse H. Eisenstein, *Einführung in die arabische Zoographie*, Berlín, Dietrich Reimer Verlag, 1991 y Bel-Haj Mahmoud, *La psychologie des animaux chez les arabes*, París, 1977.

La preocupación por la situación del hombre en relación con el animal también está presente en el mundo clásico, pero, aunque hay alguna coincidencia de temas, tiene allí otras connotaciones y características. Cfr. R. Sorabji, *Animals Minds and Human Morals: The Origin of the Western Debate*, Itaca, New York, Cornell University Press, 1993.

zarlos y someterlos a su servicio. Estos animales domésticos simbolizan directamente a los *ismā'īlíes.*

Los animales aparecen agrupados en siete especies simbolizando con ello las siete comunidades humanas correspondientes a cada milenio de nuestro ciclo, según la concepción de la historia de los Ijwān, de manera que cada representante de estas siete especies simboliza al gran profeta que inaugura cada uno de estos milenios de acuerdo con la siguiente correspondencia: animales acuáticos = ciclo de Adán; reptiles = ciclo de Noé; aves de rapiña = ciclo de Abraham; fieras = ciclo de Moisés; aves = ciclo de Jesús; insectos = ciclo de Mahoma; animales domésticos (caballerías, ganados) = ciclo del Qā'im, o ciclo de la resurrección o del Mahoma resucitado.

La abeja, reina y a la vez representante de los insectos, en la que, según nuestro apólogo, se han reunido la realeza y la profecía, simboliza no sólo al Imam[9], sino al mismo profeta Mahoma, en quien se han reunido también la realeza y la profecía, tema éste muy típico dentro de la filosofía musulmana en el que confluyen por un lado la tradición platónica de filósofo-rey y por otro la peculiar noción musulmana del profetismo en donde se considera al profeta como el instaurador de una nueva legislación, de origen divino, para la sociedad de la que forma parte[10].

[9] Para los *šī'íes*, las abejas simbolizan a la familia del Profeta, pues en el *Corán* XVI, 70/68-71/69 (versículo que aparecerá citado en la obra)se dice que sale de las abejas un licor = miel, en el que hay salvación para los hombres. Esta miel es el *Corán*. La reina de las abejas es para los *šī'íes* una alusión directa a 'Alī. Cfr. I. Goldziher, «Der Fürst der Bienen», *Zeitschrift der Deutschen Morgenländischen Gesselschaft,* 64 (1910), pp. 532-533. Téngase presente que para los conocimientos de la época no se trata de reina de las abejas, sino de rey de las abejas, en masculino. Cfr. M. Ullmann, «Beiträge zum Verständnis der "Dichterischen Vergleiche der Andalus-Araber"», *Die Welt des Orients*, 9 (1977), pp. 104-124.

[10] Es el filósofo al-Fārābī (m. 950), sobre todo, quien desarrolla esta teoría. Véase Al-Fārābī, *La Ciudad Ideal*, presentación de M. Cruz Hernández, traducción de M. Alonso, Madrid, Tecnos, 1985 y Al-Fārābī, *Obras filosófico-políticas*, edición de R. Ramón Guerrero, Madrid, C.S.I.C., 1992. Para una visión más general, véase E. I. J. Rosenthal, *El pensamiento político en el Islam Medieval*, Madrid, Revista de Occidente, 1967.

En lo referente a los orígenes de este apólogo, podría tener, en última instancia, un origen iranio, pues así lo sugieren las múltiples alusiones a ese mundo que encontramos aquí, como también diversos apelativos, por ejemplo, el nombre del Rey de los Genios, Šāh Mardān, o el del rey de las aves, Sīmurg, y cabe considerar asimismo que la disputa entre varias clases de seres es un género típico de la literatura pahleví[11].

Ahora bien, podemos preguntarnos con qué intención han recogido y reelaborado los Ijwān este apólogo. ¿Qué quieren decirnos con él? La pregunta viene motivada por el mismo epílogo que cierra el apólogo y que es también el final de la epístola que lo contiene, ya que comentan ahí que han explicado mediante la lengua de los animales, a modo de indicaciones y comparaciones, el objetivo buscado.

¿Cuál es ese objetivo al que se refieren, al parecer, de una manera críptica?

En las páginas primeras de esta epístola, que anteceden al apólogo, se habla de la gradación que hay entre minerales, plantas, animales, hombres y ángeles, destacando que lo que está por debajo, lo inferior, es menos perfecto que lo que está por encima, lo superior, y que lo inferior está por y para lo superior, y más en concreto se especifica que los animales están por y para el hombre. También se comenta que los grados superiores de un orden están conectados con el grado más ínfimo del siguiente orden.

Al comienzo de la epístola siguiente, la veintitrés, se habla del objeto de la epístola anterior, la del apólogo, y se explica que dicho objeto ha sido doble. Por un lado, explicar las especies y diferentes figuras y clases de animales, y por otro, mostrar sus verdaderas naturalezas mediante indicaciones, según se ha explicado al hablar de los ángeles en otros pasajes.

De nuevo nos encontramos con esto de «indicaciones», con lo cual no acabamos de ver claramente qué es lo que pretenden.

A propósito de esta remisión a pasajes donde han tratado de los ángeles, señala S. Pinès[12] algunos de éstos en los que se expli-

[11] Cfr. S. Pinès, «Shi'ite Terms and Conceptions in Judah Halevi's Kuzari», *Jerusalem Studies in Arabic and Islam*, 2 (1980), p. 189, n. 168 b.

[12] *Ibid.*, p. 183 y ss.

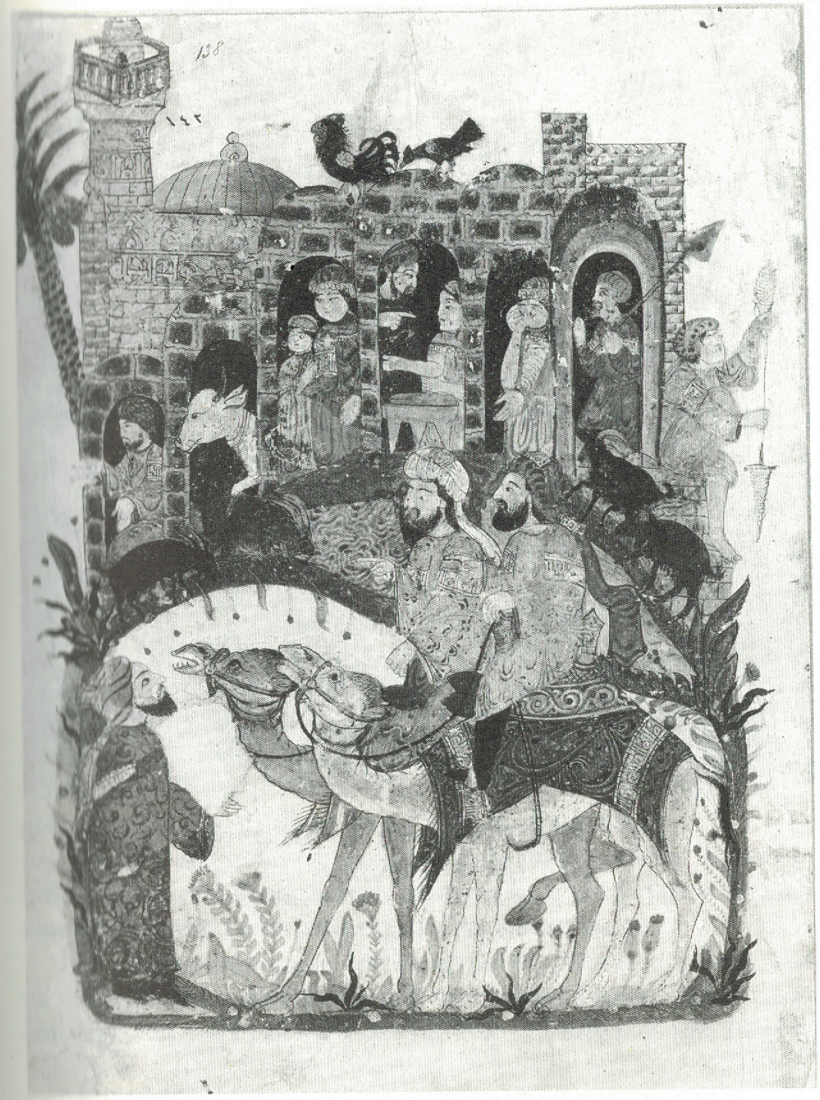
cita que, de la misma manera que las almas de los animales sometidos al servicio del hombre y que le obedecen merecen alcanzar el rango humano, así las almas humanas que realizan los actos de adoración y obedecen y acatan todas las prescripciones de las leyes traídas por los profetas, merecen pasar al rango de ángeles. Al decir profetas, según se deduce de otros pasajes de las Epístolas analizados también por S. Pinès, se incluye, o se refieren primordialmente, a los Imames *šī'ies*.

De todo esto parece desprenderse que el objetivo buscado por los Ijwān, la moraleja que tratan de extraer del apólogo, es el sometimiento y la obediencia que los hombres, los musulmanes, deben al profeta, es decir, en este contexto, al Imam, en razón de su superioridad, del mismo modo que ocurre con los animales en relación al hombre, debido a la superioridad de éste.

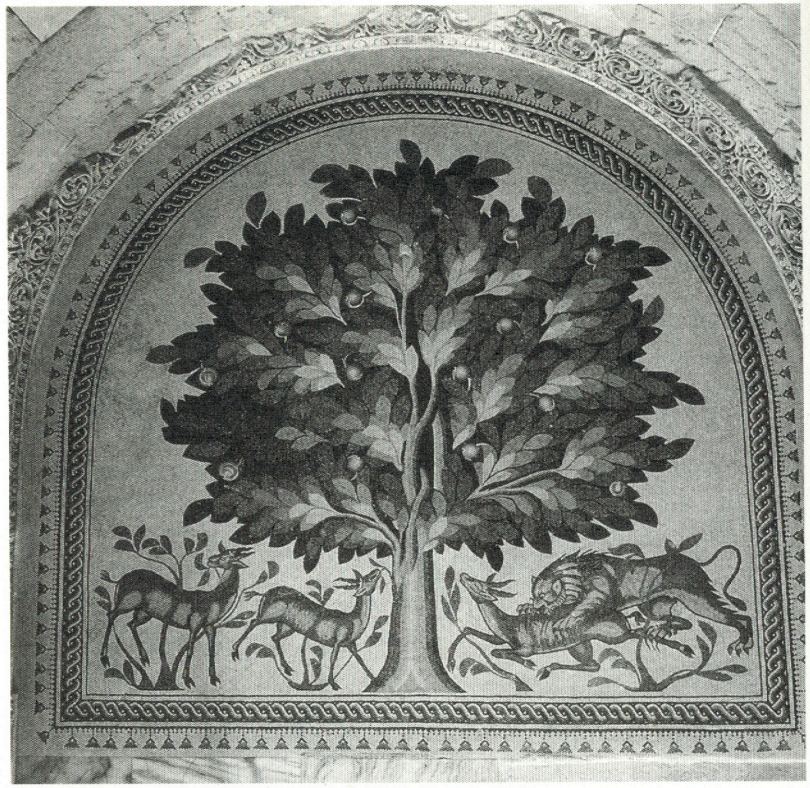
Posteriormente, esta comparación explícita de la sumisión de los animales al hombre con la sumisión de los hombres al profeta será un tema repetido por otros autores musulmanes, algunos de ellos estudiados en el mencionado trabajo de S. Pinès[13].

Sin embargo, no son precisamente los simbolismos ni los objetivos perseguidos por los Ijwān los que hacen valiosa esta obra. Es la misma ficción que han urdido la que nos atrae y cautiva. Pese a las advertencias que nos hacen en el epílogo de que no nos quedemos con la mera habla de los animales sino que pasemos a través de ella al verdadero sentido, al sentido oculto y esotérico, les ha salido tan perfecta esa «apariencia externa» que con el paso de los siglos, caduco el posible interés de un mensaje esotérico, es el apólogo en sí lo único que nos interesa y el problema antropológico básico que nos plantea: la posición del hombre dentro de la escala de los seres vivos. Precisamente será esta cuestión la que suscitará el interés posterior en la cultura europea por este apólogo, según comentaré al final de esta introducción.

[13] Anteriormente a los Ijwān, la cuestión de la superioridad del hombre sobre el animal es señalada, sin ninguna otra connotación y muy brevemente, por Al-Ŷāḥiż (m. 868) en su *Kitāb al-ḥayawān (El libro de los animales)*, Beirut, ed. Hārūn, 1969, v. V, 544. Cfr. I. R. Netton, *Muslim Neoplatonists*, Londres, 1982, p. 92.



Maqāmāt de Ḥarīrī
(Bibliothèque Nationale, París)



Mosaico de Jirbat al Mafŷār
(Jericó, Palestina)

La disputa del asno contra Fray Anselmo Turmeda

En la introducción a sus *Orígenes de la novela,* Menéndez Pelayo[14] daba cuenta, brevemente, del contenido de la traducción francesa de *La disputa del asno contra Fray Anselmo Turmeda*[15], obra originalmente redactada en catalán por A. Turmeda y publicada, según reza la traducción francesa, en la ciudad de Túnez en 1417, pero cuya redacción catalana se encuentra perdida, a lo que, sin duda, debe de haber contribuido el hecho de que fuese prohibida por la Inquisición.

El sobrio análisis del contenido de la obra de Turmeda que hacía Menéndez Pelayo bastó para llamar la atención de Asín Palacios, quien, tras leer la versión francesa, comprobó que la obra de Turmeda era en gran parte una «adaptación», y a veces hasta traducción literal, de un texto árabe anterior: *La disputa entre los animales y el hombre*. Resultado de esta investigación de Asín fue un concienzudo artículo en el que analizó y cotejó ambas disputas[16].

La figura del fraile mallorquín nacido a mediados del siglo XIV, Anselmo Turmeda, tan conocido dentro de las letras catalanas no necesita de presentación alguna[17]. Bástenos recordar, en lo que aquí nos concierne, su conversión al Islam y su paso a Túnez, en cuya aduana desempeñó un alto cargo durante el gobierno del sultán Abū l-'Abbās Aḥmad (m. 1394) y luego durante el gobierno del hijo de éste, Abū Fāris 'Abd al-'Azīz.

Una vez en Túnez, tras dominar la lengua árabe, Turmeda tendría ocasión de conocer la obra árabe que traduzco aquí, y con ella a la vista compondría su *Disputa del asno*.

La comparación entre ambas obras es, pues, un trabajo que ya realizó Asín y, por tanto, a él me remito. Quiero señalar, sin embargo, un punto al que Asín no hizo referencia y que llama la

[14] Madrid, 1905, t. I, pp. CV-CX.

[15] Cfr. sobre esta traducción en el apartado de Bibliografía.

[16] Cfr. «El original árabe de *La disputa del asno contra Fray Anselmo Turmeda*» en la Bibliografía.

[17] Cfr. sobre su vida y obra en la Bibliografía.

atención. Se trata de la razón tajante y definitiva por la que el hombre es superior al animal, razón que es distinta en una y otra *Disputa*, ya que en la obra de Turmeda la razón de la superioridad del hombre estriba, no en la resurrección y entrada en el paraíso, como se dice en la obra árabe, sino en que Cristo se encarnó en el hombre y no en el animal.

Lo curioso del asunto es que el tema de la resurrección es mencionado también en la obra cristiana, en la de Turmeda, pero el asno la rebate diciendo que la mayoría de los hombres irá al infierno y muy pocos al cielo. Aunque esto mismo, o parecido, es aducido también en la obra árabe, no constituye en ésta obstáculo alguno para ser la prueba definitiva y concluyente.

¿Cómo, pues, en una obra esa prueba es válida y no lo es en la otra?

La aclaración de este punto hay que buscarla, a mi entender, en las distintas concepciones religiosas del infierno que subyacen en el trasfondo de las dos *Disputas*.

En la *Disputa* de Turmeda la resurrección y la entrada al paraíso no podía ser la prueba definitiva de la superioridad del hombre porque muchos irán al infierno, por tanto se hacía imposible extender esta prueba al hombre genérico, a todo hombre. Además, ni siquiera los cristianos, por el mero hecho de serlo, de creer en Cristo, tienen garantizada su salvación, su entrada en el paraíso, hacen falta las buenas obras. Se trata del tan discutido punto en la Reforma, entre luteranos y católicos, de si la justificación viene por la sola fe o por la fe y las obras conjuntamente... Sin duda, este trasfondo es el motivo subyacente de que esta prueba no sea válida para Turmeda y pase adelante a otras pruebas hasta llegar al tema de la encarnación de Cristo, tema también específicamente cristiano.

En la obra árabe, islámica, en cambio, frente a las objeciones presentadas por los animales de que también hay un infierno al que irán los pecadores, la respuesta del hombre es que la intercesión de los profetas, especialmente la intercesión del profeta Mahoma, salvará finalmente a los hombres, esto es, a los musulmanes, y les conseguirá el paraíso.

La concepción del infierno, por tanto, que dejan traslucir estos asertos de la obra árabe es distinta a la concepción cristiana,

pues, a diferencia de ésta, donde se trata de un infierno eterno, se trata aquí de un infierno temporal. Así es, en efecto, ya que existe en la tradición islámica un optimismo a ultranza respecto del destino último del creyente musulmán. Aquí sí salva la sola fe, es decir, la pertenencia formal al grupo. Es unánime en el Islam que se tiene por más ortodoxo la creencia de que aun los grandes pecadores musulmanes, después de un tiempo de purificación en el infierno, serán sacados de éste gracias a la intercesión de Mahoma con tal de que hayan sido sinceros creyentes musulmanes[18].

Ahí reside, creo, la verdadera explicación de que la prueba de la que estamos hablando sea concluyente y definitiva en la obra árabe-islámica de los Ijwān y no lo pueda ser en la cristiana de Turmeda.

Huellas de la *Disputa* en la cultura europea[19]

La obra de Turmeda parece haberse conocido en Europa y haber tenido una cierta trascendencia como respuesta a la cues-

[18] No existe un estudio sobre la cohesión social que implican para la comunidad musulmana estas concepciones religiosas que destaco. La intercesión, *šafā'a*, de Mahoma es doctrina común en la Teología islámica afirmada por los sectores ortodoxos frentes a otros sectores, los llamados *mu'tazilíes*, que la negaban, acentuando la libertad y la responsabilidad del hombre así como la justicia divina que exigía ese castigo eterno. Pero esos otros sectores pronto fueron arrinconados y olvidados en la cultura islámica. Véase sobre este asunto, aunque dirigidos al aspecto estrictamente religioso, los siguientes trabajos: I. Goldziher, *Die Richtungen der islamischen Koranauslegung*, Leiden, 1920, pp. 157-160. R. Eklund, *Life between Death and Resurrection according to Islam*, Uppsala, 1941, pp. 87 y ss. Y. G. Vajda, «A propos de la perpétuité de la rétribution d'autre-tombe en théologie musulmane» *Studia Islamica*, 11 (1959), pp. 29-38, y de un modo más general R. Caspar, *Traité de Théologie Musulmane. T. I. Histoire de la Pensée Religieuse Musulmane*, Roma, 1987, p. 181.

[19] Cfr. E. Tornero, «Huellas de la *Disputa* en la cultura europea», *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, Universidad Complutense, 19 (2002), 53-65. Resumo ahora lo que dije ahí.

tión de cuál es el lugar del hombre en la escala de los seres vivos, o formulado de otra manera, siguiendo el título del libro de Max Scheler, cuál es «el puesto del hombre en el cosmos».

Es esta pregunta antropológica la que suscitó el interés por la obra de Turmeda, y por tanto por nuestro apólogo, base de la obra de aquél.

Hay tres autores europeos que, si mi suposición es acertada, han leído a Turmeda y lo han tenido en cuenta a la hora de dar su opinión sobre la situación del hombre en comparación con el animal. No hay evidencia absoluta de esto, pero sí ciertos indicios, fundados, que lo hacen probable. Son estos autores: Pico de la Mirándola, Erasmo y Montaigne.

Pero antes de pasar a hablar de estos autores, tengamos en cuenta que, como el lector tendrá ocasión de ver, la obra árabe no es, propiamente, favorable a la tesis de la superioridad del hombre, ni tampoco lo es la de Turmeda, al menos consideradas desde la siguiente perspectiva:

Todas las pruebas que el hombre presenta para demostrar su superioridad son rebatidas por los animales. No hay ninguna cualidad intrínseca a la constitución y a la naturaleza del hombre por la que éste se pueda considerar superior. Tiene el hombre que recurrir finalmente a razones de fuera de su propia constitución, como la de la resurrección, en la obra árabe, o la encarnación de Cristo en el hombre, en la obra de Turmeda. Es decir, que, aunque la conclusión de ambas disputas sea favorable al hombre, no lo ha sido en su desarrollo.

En su discurso *De la dignidad del hombre*, comienza Pico de esta manera:

> Tengo leído, Padres honorabilísimos, en los escritos de los árabes, que Abdalah sarraceno, interrogado qué cosa se ofrecía a la vista más digna de admiración en este a modo de teatro del mundo, respondió que ninguna cosa más admirable de ver que el hombre.

Y casi inmediatamente se manifiesta en contra de lo que se dice normalmente acerca de la pretendida superioridad del hombre sobre los animales:

> Revolviendo yo estos dichos y buscando su razón, no llegaba a convencerme todo eso que se aduce por muchos sobre la excelencia de la naturaleza humana, a saber, que el hombre es el intermediario de todas las criaturas, emparentado con las superiores, rey de las inferiores por la perspicacia de sus sentidos, por la penetración inquisitiva de su razón, por la luz de su inteligencia...[20]

El nombre de Abdalah coincide con el que Turmeda tomó al convertirse al Islam, ʻAbd Allāh, y los temas de comparación entre el hombre y el animal brevemente aludidos son los de la *Disputa*. Pico de la Mirándola sigue luego por otros derroteros a la hora de ver en qué consiste la superioridad del hombre, que nada tienen que ver con lo nuestro, pero este arranque de su discurso bien podría haber sido motivado por la *Disputa* de Turmeda.

Erasmo compara brevemente al hombre con los animales en su célebre *Elogio de la locura*. Frente a las ciencias del hombre que más bien son poca cosa y que, además, no sirven para alcanzar la felicidad, destaca Erasmo el instinto de los animales, que es igual o superior a la inteligencia humana y que les da a éstos felicidad y contento. Son demasiado breves las alusiones de Erasmo[21] a este tema como para que podamos deducir que haya leído la *Disputa* de Turmeda, pero en su intención sí coincide y tengamos en cuenta que la obra de Erasmo es posterior a la de Pico, y la de éste sin duda la conocía.

Montaigne, en el capítulo 12 del libro segundo de sus *Ensayos*, titulado «Apología de Raimundo Sabunde»[22], dedica largas páginas a comparar al hombre con los animales, tratando de mostrar con profusión de ejemplos que los animales no están

[20] Cfr. Pico de la Mirándola, *De la dignidad del hombre*, trad. de L. Martínez Gómez, Madrid, Ed. Nacional, 1984, p. 103.

[21] Cfr. Erasmo de Rotterdam, *Elogio de la locura*, trad. de P. Rodríguez Santidrián, Madrid, Alianza, 1966, pp. 71-74, correspondiente a parágrafos 32-34.

[22] Cfr. Montaigne, *Ensayos*, ed. de D. Picazo y A. Montojo, 3 v., Madrid, Cátedra, 1985-1987. La «Apología» ocupa las pp. 132-343 del v. II.

por debajo del hombre ni en inteligencia ni en bondad ni en nada... El hombre es un ser muy engreído que se cree estar muy alto cuando en realidad sólo es un miembro más en el concierto del universo. Dentro de su crisis de escepticismo, realiza Montaigne su particular crítica de la razón y de la pretendida superioridad del hombre. Los ejemplos de los animales que aduce están en su mayoría sacados del acervo clásico, pero algunos coinciden con los de la *Disputa* y en concreto hay algún caso en el que tenemos bastante evidencia de que ha seguido textualmente la *Disputa* de Turmeda[23].

Aunque no podamos probar con total rotundidad que Montaigne haya leído y haya sido influido por la *Disputa*, llama la atención que se extienda tan profusamente en estas comparaciones hombre-animal, redactando un verdadero tratado que nos hace recordar la existencia de este tema, monográfico, en ambas *Disputas.* Tengamos en cuenta finalmente que la traducción francesa conservada de la *Disputa* de Turmeda se publica pocos años después de nacer Montaigne y que, por consiguiente, pudo haberla leído.

En cualquier caso, las reflexiones antropológicas de estos grandes pensadores sobre el puesto del hombre entre los animales han estado precedidas por las de los autores del s. X, que en el seno de la civilización árabe-islámica supieron plantear tan exquisitamente dicha problemática.

[23] Cfr. mi citado trabajo «Huellas de la *Disputa*», pp. 63-64.

Nota sobre la traducción

El texto árabe que se ha utilizado para esta traducción ha sido *al-Ḥayawān wa-l-insān* [Los animales y el hombre], El Cairo, 1331/1913.

El título de la obra y la división en capítulos y pruebas es la esbozada por Asín en su trabajo «El original árabe». De esta manera, siguiendo las mismas indicaciones y cotejo de Asín, podrá compararse mejor la obra de Turmeda con el original árabe.

La transcripción de los términos árabes sigue las normas de las revistas *Al-Andalus-Al-Qanṭara.*

En las citas del *Corán* doy la traducción de J. Vernet, *El Corán*, 3.ª ed., Barcelona, Planeta, 1973.

Kalīla y Dimna
(Bibliothèque Nationale, París)

Prólogo

Has de saber que los descendientes de Adán, una vez que se multiplicaron y se hicieron numerosos, empezaron a extenderse por tierras y mares y por llanuras y montañas, moviéndose libremente y sintiéndose seguros, tras haber sido muy pocos y haber estado llenos de temor y recelo ante la gran cantidad de fieras y animales salvajes que había en la Tierra. Buscaban entonces refugio en las cimas de los montes y colinas y se hacían fuertes en las grutas y cavernas. Comían frutos de los árboles, legumbres y verduras de la tierra y cereales. Se cubrían con hojas de árboles para guardarse del calor y del frío e invernaban en las regiones cálidas y pasaban el estío en las regiones frescas.

Posteriormente, construyeron ciudades y pueblos en las llanuras y vivieron en ellos. Más tarde sometieron al ganado mayor y menor, a los camellos, caballos, mulos y asnos, los ataron, los embridaron y dispusieron de ellos para solucionar sus diversas necesidades como cabalgar, transportar cargas, labrar, trillar, etc. Los fatigaron al utilizarlos en su servicio, pues les impusieron más de lo que podían soportar y no les dejaron moverse libremente, precisamente a ellos, que habían estado solos en los desiertos y florestas yendo donde querían en busca de pastos, sitios donde abrevarse y tras todo aquello que les reportaba algún bien.

Sin embargo, los restantes animales, onagros, gacelas, fieras, bestias salvajes y aves, después de haberse mostrado sociables, mansos y tranquilos en sus moradas y lugares, escaparon asustados de las regiones habitadas por los hombres y huyeron a los desiertos lejanos, a las florestas y a las hondonadas. Pero los hombres se aprestaron en seguida a ir en su busca, utilizando di-

versas tretas e intentando darles caza con lazos y cepos, pues consideraban que eran esclavos suyos que se habían rebelado y habían huido.

Pasaron así años y años hasta que fue enviado Mahoma, quien invitó al género humano y a los genios[1] a ir hacia Dios Altísimo y a entrar en la religión del Islam. Un grupo de los genios accedió a ello y fueron buenos musulmanes. Más tarde gobernó sobre los genios uno de sus reyes conocido por Bīwarāsb el Sabio, cuyo sobrenombre era Šāh Mardān. La sede de su reino estaba en una isla llamada Balāsāgūn[2] en medio del mar Verde[3], contiguo a la línea del ecuador. El aire de la isla era puro y su tierra fértil. Había en ella ríos de agua dulce, fuentes termales, muchas tierras cultivables y cosas provechosas, diversas clases de árboles y frutos, jardines, flores y arrayanes.

Cierto día, unos vientos tempestuosos arrojaron a la costa de aquella isla un barco en el que iban comerciantes, artesanos, hombres de ciencia y otras gentes. Salieron éstos entonces a recorrer la isla y encontraron en ella gran cantidad de árboles, frutos y agua dulce. El aire era diáfano y la tierra fértil, pues producía hortalizas, plantas aromáticas y diversas clases de semillas y grano, que crecían con la ayuda de las aguas del cielo. Vieron también varias clases de animales: caballerías, ganados, aves y fieras. Todos ellos estaban en buenas relaciones y concordia, sin rehuirse.

Aquel lugar les pareció tan bueno a estas gentes que decidieron establecerse en él. Construyeron entonces casas para vivir y después la emprendieron con las caballerías y ganados que allí había. Los sometieron, montaron en sus lomos y les hicieron llevar cargas, según la costumbre que tenían en sus países. Pero las caballerías y ganados se asustaron y huyeron. Por su parte, los hombres se lanzaron precipitadamente en su busca, empleando diversas estratagemas para atraparlos. Pensaban que eran sus esclavos que desentendiéndose de la obediencia se habían rebelado y habían huido.

Cuando las caballerías y ganados se enteraron de esta pretensión de los hombres, se reunieron sus delegados y oradores y se dirigieron a Bīwarāsb el Sabio, rey de los genios. Éste envió a continuación un mensajero a aquellas gentes invitándolas a com-

parecer ante su presencia. A su llamada acudió un grupo de la gente de aquel barco, que eran en total unas setenta personas de distintos países. En cuanto llegó al rey la noticia de su venida, ordenó que se les diese hospitalidad y se les honrase. Luego, al cabo de tres días, los recibió en el salón del trono.

Era Bīwarāsb un rey sabio, justo, noble, equitativo y generoso. Honraba al huésped y daba asilo al extranjero, se apiadaba del afligido, impedía la injusticia, ordenaba lo bueno y prohibía lo malo. Con todo esto sólo buscaba el agrado y la satisfacción de Dios.

Cuando entraron los hombres y lo vieron sentado en el trono, le saludaron deseándole la paz. El rey les habló por medio de su truchimán: «¿Qué os ha impulsado a venir a nuestra isla sin haber enviado previamente una embajada?».

Uno de los hombres le contestó: «Nos han impulsado a venir aquí los méritos, las excelsas virtudes y las nobles cualidades que del rey hemos oído, así como su ecuanimidad y su equidad en los juicios. Por esto, hemos venido para que nos escuche. Le expondremos nuestros argumentos para que juzgue lo que ha ocurrido con nuestros esclavos fugitivos, que niegan nuestro señorío. ¡Dios le ayude a acertar y lo dirija por el camino recto!».

Díjoles el rey: «Hablad y explicad lo que queráis».

El delegado de los hombres prosiguió: «Oh rey, estas caballerías, ganados, fieras, alimañas y en general todos los animales son esclavos nuestros y nosotros sus amos. Sin embargo, unos se rebelan y huyen, y otros obedecen, pero detestando y renegando de su servidumbre».

Preguntó el rey: «¿Qué señal o prueba tienes de lo que pretendes y reclamas?».

Contestó el hombre: «Tenemos pruebas legales basadas en la tradición y argumentos racionales de lo que he dicho».

Dijo el rey: «¡Exponedlas!».

Se levantó entonces un orador descendiente de ʿAbbas[4], subió al almimbar y comenzó así: «Loor a Dios, Señor de los mundos y recompensa de los piadosos, sólo es enemigo de los opresores. Dios bendiga a Mahoma, sello de los profetas, imam de los enviados e intercesor en el día del Juicio. Las bendiciones de Dios sean sobre los querubines, sobre sus santos siervos y habitantes

del cielo y de la tierra, creyentes y musulmanes, pues por ellos se ha apiadado de nosotros y vosotros el Misericordioso. Loor a Dios, "Él es Quien ha creado a partir del agua un mortal"[5] y de él sacó a su mujer. A partir de ambos produjo muchos hombres y mujeres. Honró a su descendencia, los llevó por tierra y mar y los aprovisionó con toda cosa buena. Dijo Dios: "Os ha creado los rebaños: en ellos encontráis abrigo y utilidad, de ellos coméis, en ellos reside vuestro orgullo cuando los conducís al establo por la noche y cuando los sacáis a pacer por la mañana"[6] y también "y sobre ellos y sobre los barcos sois transportados"[7]. "Ha creado los caballos, mulos y asnos para que los montéis y como boato"[8] "para que os coloquéis en su dorso; luego, cuando estéis colocados, recordad el beneficio de vuestro Señor"[9]. Hay muchos versículos en el Corán, en el Pentateuco y en el Evangelio que muestran que los animales han sido creados por y para nosotros, que son nuestros siervos y nosotros los amos. Con esto pido perdón a Dios para mí y para vosotros».

El rey se dirigió al conjunto de las caballerías y ganados diciéndoles: «Ya habéis oído los versículos del Corán mencionados por este hombre y de los que deduce su pretensión. ¿Qué decís a esto?».

Se levantó el delegado de estos animales, que era el mulo, y dijo: «Loor a Dios, el Único, Uno, Solo y Eterno. Existía antes que los seres, sin espacio ni tiempo. Dijo luego: sé, y hubo una luz resplandeciente que hizo aparecer de lo oculto de su ser. Creó luego de la luz un fuego ardiente y del agua un mar agitado por las olas. Después creó del agua y del fuego las esferas celestes con los signos del Zodíaco, los planetas y las estrellas brillantes. Construyó los cielos, desplegó la tierra y afirmó las montañas. Hizo los pisos del cielo para morada de los seres celestiales y las amplitudes de las esferas para habitación de los querubines. La tierra la destinó para el género humano, para las plantas y para los animales. A los genios los creó del fuego ardiente[10] y al hombre lo creó del barro, luego colocó su descendencia en una gota de agua despreciable, en un receptáculo sólido[11] y la puso a continuación sobre la superficie de la tierra para que le sustituyera y mantuviese a ésta en buen estado y no la dejara arruinarse. Para esto había de conservar y utilizar los animales, no para abusar y cometer injusticias con ellos. ¡Pido perdón a Dios para mí y para vosotros!».

El mulo prosiguió su alocución: «Oh rey, en los versículos que ha citado este hombre no hay nada que demuestre su pretensión de que ellos son los amos y nosotros sus esclavos. Solamente hacen referencia a los beneficios y bondades que Dios ha tenido con ellos. Dios os ha sometido los animales del mismo modo que os sometió el sol, la luna, los vientos y las nubes. ¿Crees, oh rey, que por ello son sus siervos y esclavos? Has de saber que Dios Altísimo creó todos los seres del cielo y de la tierra sometidos unos a otros para que obtuviesen así ventajas y pudiesen rechazar los males y daños. Así pues, si Dios ha sometido los animales a los hombres, es para que obtengan éstos una serie de ventajas y rechacen los males y daños, como aclararemos tras este capítulo. No como ellos pensaban e imaginaban, diciendo con mentira y calumnia que eran nuestros amos y nosotros sus siervos».

Tras una pausa siguió hablando el delegado de las caballerías: «Nosotros, oh rey, y nuestros padres hemos habitado la Tierra antes de la creación de Adán, padre del género humano, morábamos en sus diversas regiones, marchando por los desfiladeros. Parte de nosotros iba y venía por los países de Dios en busca de alimento. Teníamos libertad para arreglar nuestras cosas y cada uno de nosotros se dedicaba a sus asuntos, de acuerdo con lo que necesitaba, estando en su sitio, bien en el desierto, en la floresta, en la llanura o en la montaña. Cada especie estaba en buenas relaciones con los de su especie y se ocupaba de la acogida de nuestra descendencia y de la crianza de nuestros hijos dentro de una vida desahogada, con la comida y bebida que Dios nos destinó. Estábamos seguros en nuestras casas e incólumes en nuestro cuerpo. Alabábamos a Dios y lo santificábamos día y noche, sin desobedecerle y sin asociar nada con Él[12].

Pasó así el tiempo hasta que Dios Altísimo creó a Adán, padre del género humano, y lo puso como vicario suyo sobre la Tierra. Los hijos de éste se multiplicaron y se hizo numerosa su descendencia. Luego se dispersaron por tierras y mares y por llanuras y montañas, de modo que nos fueron reduciendo el espacio y el lugar en que habitábamos. Entonces cautivaron al ga-

nado mayor y menor, a los caballos, mulos y asnos. Los sometieron, convirtiéndoles en esclavos, y les hicieron fatigarse y cansarse a base de trabajos duros como llevar cargas, cabalgar en ellos o trabajar en el campo, en las norias y en los molinos, obligándoles a la fuerza a hacer todo esto por medio de golpes, desprecios y diversos castigos durante toda nuestra vida.

Algunos pudimos huir a los desiertos y yermos o a las cimas de los montes, pero los hombres se apresuraron a buscarnos con sus astucias. Al que tuvo la desgracia de caer en sus manos lo ataron con grillos y cadenas y luego lo degollaron. Después fue despellejado, lo abrieron en canal, le cortaron los miembros y le rompieron los huesos. Además le sacaron los ojos y lo desplumaron o lo pelaron. Luego fue cocido, lo espetaron en el asador y lo asaron. Aparte de esto, les aplicaron otros castigos indescriptibles.

Sin embargo, a pesar de toda esta clase de cosas, no quedaron satisfechos los hombres con ello, ya que hasta pretendieron que era un derecho suyo, inalienable, pues eran nuestros amos y nosotros sus esclavos. El que huía era un fugitivo, un rebelde que había abandonado la obediencia. Todo esto se hacía a la fuerza, con violencia, y sin aducir prueba, argumento o demostración alguna».

Capítulo I

Cuando el rey oyó estas palabras y hubo comprendido el discurso, mandó a un heraldo que convocase una asamblea en su reino. Éste convocó al ejército, a la guardia real, a los cadíes, a los adules y a los alfaquíes de las tribus de los genios.

El rey se aprestó para dictar sentencia entre los delegados de los animales y los hombres que se habían querellado. Se dirigió, en primer lugar, a los delegados de los hombres: «¿Qué tenéis que decir de las injusticias mencionadas por las caballerías y ganados y de las quejas que han presentado motivadas por vuestra opresión e iniquidad?».

Primera prueba

El delegado de los hombres contestó: «Ellos son nuestros esclavos y nosotros los amos. Por tanto, a nosotros nos toca juzgarlos como amos que somos. Quien nos obedece, obedece a Dios, y quien nos desobedece, a Dios desobedece».

Dijo el rey: «Las reclamaciones sólo se hacen valer ante los jueces acompañadas de pruebas, y no se admiten si no es con demostraciones. ¿Qué pruebas tienes de lo que dices y pretendes?».

El hombre contestó: «Tenemos argumentos racionales y pruebas filosóficas que demuestran la verdad de lo que hemos dicho».

«¿Cuáles son?, explícate», dijo el rey.

Contestó: «Una hermosa figura, una constitución y estatura

recta, erguida, sentidos excelentes, un sutil discernimiento, un espíritu penetrante y una inteligencia superior. Todo ello son señales de que nosotros somos señores y ellos esclavos».

Entonces dirigió el rey la palabra al delegado de las caballerías: «¿Qué respondes a eso?», le dijo.

Éste contestó: «Nada de lo que el hombre ha dicho prueba lo que pretende».

Dijo el rey: «¿No es acaso propio de reyes la talla erguida y el sentarse rectamente, así como el tener encorvados los lomos y las caras vueltas boca abajo es lo típico de los siervos?».

El delegado respondió: «¡Oh rey, Dios te ayude a acertar! ¡Escucha lo que te digo! Dios Altísimo no los creó con esta figura ni los modeló con esta complexión a fin de que esto constituyese una prueba de que ellos son señores. Tampoco nos creó a nosotros con esta figura para que esto fuese prueba de nuestra calidad de esclavos. Más bien se debe todo ello a su ciencia y sabiduría, que exige aquella figura como la más apropiada para ellos y esta otra nuestra como la más adecuada para nosotros.

La explicación de todo esto es la siguiente: Dios Altísimo, cuando creó a Adán y a sus hijos, desnudos, descalzos, sin plumas sobre sus cuerpos y sin pelo ni lana sobre su piel que los guardase del calor y del frío, puso su alimento y vestido en los frutos y hojas de los árboles, respectivamente. Como éstos se elevaban altos en el aire, les dio una estatura erguida para que pudiesen alcanzar más fácilmente sus frutos y hojas. Igualmente, cuando estableció como alimento para nosotros la hierba de la tierra, hizo encorvada la constitución de nuestros cuerpos para que la alcanzásemos también más fácilmente. Por esto hizo su constitución vertical y la nuestra encorvada, y no por las razones que ellos pretenden».

Preguntó el rey: «¿Qué dices de la palabra de Dios Altísimo, "hemos creado al hombre dándole la más hermosa constitución"[13]?».

Contestó el delegado: «Los libros celestiales tienen interpretaciones y explicaciones distintas de las que aparecen en el sentido externo de las palabras y que sólo conocen los versados en la ciencia. Puede el rey preguntar sobre ello a los piadosos y sabios».

Volvióse el rey entonces al sabio de los genios y le preguntó: «¿Qué significa "la más hermosa constitución"?».

Éste respondió: «El día en que Dios Altísimo creó a Adán estaban los planetas en su exaltación y los pivotes de las casas erectos[14]. El tiempo era moderado y la materia estaba preparada para recibir las formas. Debido a esto su creación terminó con una figura muy hermosa y perfecta».

Entonces le cortó el rey: «Es suficiente, en esto hay motivo de mérito, honra y vanagloria».

El sabio de los genios prosiguió: «"La constitución hermosa" tiene un sentido distinto al mencionado por el hombre. La explicación se halla en las palabras: "(Tu Señor)... el cual te ha creado, te ha modelado y te ha conformado armoniosamente, te ha conformado con la figura que ha querido"[15]. Es decir, no te ha hecho alto y delgado, ni pequeño y rechoncho, sino una cosa intermedia».

Intervino el delegado de las caballerías: «También con nosotros ha hecho lo mismo, pues no nos ha hecho altos y delgados ni pequeños y rechonchos, sino una cosa intermedia. Ellos y nosotros, por consiguiente, estamos igualados en esta cualidad».

Dijo el hombre al delegado de las caballerías: «¿Cómo que vosotros sois de estatura media, complexión recta y figura proporcionada? ¿No vemos al camello con un cuerpo grande, cuello largo, orejas pequeñas y cola corta; al elefante con una voluminosa constitución, colmillos largos, orejas anchas y ojos pequeños; a las vacas y al búfalo con un rabo largo, cuernos gruesos y sin ramificaciones por arriba; al carnero con cuernos grandes, rabo gordo y sin barba; al chivo con larga barba, sin rabo gordo y con las partes vergonzosas al descubierto y a la liebre con un cuerpo pequeño y orejas grandes? De modo semejante encontramos a la mayoría de los animales, fieras, bestias salvajes, aves y reptiles, con la complexión contrahecha y con miembros desproporcionados».

El delegado de las caballerías le dijo a su vez: «Nada de eso. Has olvidado y se te ha pasado por alto lo mejor de ellos. ¿No sabes que si censuras la obra, censuras a su autor? ¿No son todas estas cosas obra del sabio Creador que las ha creado así con su sabiduría, a fin de que obtengan ventajas para sí y rechacen

los daños lejos de ellas? Pero esto sólo lo sabe Dios y los versados en la ciencia».

«Infórmanos –le dijo el hombre–, si eres el sabio y el orador de las caballerías, ¿por qué motivo tiene el camello un cuello tan largo?»

Respondió éste: «Para que sea proporcionado a la longitud de las patas y pueda alcanzar la hierba de la tierra. Además, se ayuda con él a levantarse con su carga y sus belfos pueden llegar a las partes extremas de su cuerpo para rascarse.

La trompa del elefante, en cambio, sustituye al cuello largo. Sus grandes orejas le sirven para alejar las moscas y mosquitos de los lagrimales de sus ojos y de la boca. Ésta la mantiene siempre abierta, pues los colmillos que de ella salen le impiden cerrarla. Estos colmillos le sirven de armas para defenderse de las fieras.

Las grandes orejas de la liebre le sirven de cobertura y de alfombra en invierno y en verano porque su piel es fina y su cuerpo delicado.

De esta manera vemos que Dios puso en todo animal miembros, articulaciones y útiles, según su necesidad, para que obtenga así provecho y se defienda de lo malo. En este sentido indicó Moisés: "Nuestro Señor es Aquél que dio a cada cosa su forma y luego la guió"[16].

En cuanto a la hermosa figura que has mencionado y de la que te vanaglorias, no constituye una prueba de que seáis señores y nosotros esclavos, porque la figura hermosa sólo es deseable entre los miembros de una especie, machos y hembras, para excitarles al apareamiento, a fin de procrear y engendrar para la conservación de la especie. La hermosura de la figura es distinta en cada especie, por esto nuestros machos no sienten deseo ante la belleza de vuestras hembras, ni nuestras hembras ante la belleza de vuestros machos, como tampoco sienten deseo los negros ante la belleza de los blancos, ni los blancos ante los negros. Por lo tanto, oh hombre, no tenéis ningún motivo para vanagloriaros de vuestras hermosas figuras».

Explicación de la excelencia de los sentidos de los animales

«Has hablado de la excelencia de vuestros sentidos y de la sutileza de vuestro discernimiento y te has vanagloriado de ello, creyéndote superior a nosotros. Pero esto no es algo peculiar vuestro que no posean los demás animales, ya que éstos tienen sentidos mejores que los vuestros y un discernimiento más sutil.

El camello, por ejemplo, a pesar de ser sus patas y cuello largos y estar su cabeza elevada de la tierra en el aire, ve dónde pone los pies cuando va en la oscuridad de la noche por caminos abruptos y senderos escarpados. Cosa que ninguno de vosotros ve, a no ser con lámparas, antorchas o velas.

El caballo ve y oye al que anda en la oscuridad de la noche hasta el punto de que a veces despierta a su dueño con su pataleo, previniéndole de esta manera ante un posible enemigo o una fiera.

Asimismo, encontramos muchos asnos y bueyes que cuando recorren con su amo un camino por vez primera, si luego los deja solos vuelven al establo y al lugar de costumbre. Hay personas, en cambio, que recorren cualquier camino repetidas veces y después todavía se pierden y se extravían en él.

Entre las cabras y ovejas ocurre que paren en una sola noche un gran número. Por la mañana se van las madres al pasto, quedando cien o más crías sueltas, y cuando vuelven por la noche cada cría va hacia su madre. Las madres no tienen dudas sobre los hijos ni éstos sobre sus madres. El hombre, por el contrario, a veces, cuando pasa un mes o dos, ya no distingue siquiera a su madre de su hermana o a su padre de su hermano.

¿Dónde están, pues, los excelentes sentidos y el sutil discernimiento de que te vanagloriabas creyéndote superior a nosotros, oh hombre?

Por otra parte, no vemos huella ni señal de una inteligencia superior, como decís, porque si tuvieseis una inteligencia superior no os jactaríais de algo que no es obra ni adquisición vuestra, sino don de Dios Altísimo para que conozcáis los lugares de sus beneficios, le deis gracias y no le desobedezcáis. La gente razonable sólo se vanagloria de obras propias, como acciones bien

hechas, ideas exactas, ciencias verdaderas, doctrinas satisfactorias, leyes justas y conductas rectas. Pero vosotros sólo os gloriáis en pretensiones indemostrables y en exigencias no probadas.»

Segunda prueba

Explicación de las quejas del animal e injusticia del hombre

Dijo el rey al hombre: «Ya has escuchado la contestación. ¿Tienes algo más que decir?».

Respondió: «Sí, oh rey, hay otras cosas que demuestran que somos los dueños y ellos los esclavos. Por ejemplo: los vendemos y compramos; los alimentamos y abrevamos; los vestimos y los defendemos del calor y del frío. Impedimos también que las fieras los devoren, los curamos y nos compadecemos de ellos cuando están enfermos. Les enseñamos cuando son ignorantes y nos apartamos de ellos cuando cometen una falta. Todo esto lo hacemos por compasión y lástima y son acciones propias de amos para con sus esclavos y de señores para con sus siervos».

El rey se dirigió al delegado de las caballerías: «Ya has oído lo que ha dicho. ¿Tienes algo que objetar? Responde».

Contestó el delegado: «Respecto a lo de "las vendemos y compramos", también hacen lo mismo los persas con los bizantinos y éstos con ellos cuando unos cogen a otros. ¿Quiénes son entonces los esclavos y quiénes los dueños?

Igual hacen los indios con los chinos y éstos con ellos. Lo mismo los abisinios con los nubios y viceversa y los árabes, kurdos y turcos entre sí. Quisiera yo saber cuáles son realmente los siervos y cuáles los señores.

Estas cosas, oh rey justo, ¿son acaso algo más que vicisitudes y acontecimientos que se desarrollan entre los hombres debidos a los juicios de las estrellas y a las conjunciones de los astros? Como dijo Dios Altísimo: "Esos días los hacemos suceder entre los hombres, pero no los comprenden más que los sabios"[17].

Respecto a lo que ha dicho de "les damos de comer y beber" y demás cosas que nos hacen, las hacen no por compasión y piedad, sino por miedo a que perezcamos, pues perderían el importe de nuestra venta y los beneficios que obtienen de nosotros como beber leche, hacerse vestidos de lana y pelo, cabalgar sobre nuestros lomos y hacernos llevar sus cargas. Es por esto y no por compasión y piedad, como ha dicho».

Habló entonces el asno: «Oh rey misericordioso, te habrías compadecido de nosotros, te habrías apiadado y llorado si nos hubieses visto cautivos en sus manos, llevando en nuestros lomos cargas de hierro, piedras y otras cosas, con fatiga y esfuerzo, mientras nos golpeaban con varas por delante y por detrás, con cólera y violencia. ¿Dónde está su misericordia y su compasión?».

Después habló el buey: «Te habrías compadecido de nosotros, oh rey, si nos hubieses visto prisioneros en sus manos, uncidos en sus almazaras y atados a sus norias y molinos con la cara cubierta y los ojos tapados, mientras ellos, empuñando varas y azotes, nos golpeaban por delante y por detrás. ¿Dónde está, pues, su compasión?».

Luego le tocó el turno al carnero: «¡Si nos hubieses visto, oh rey, prisioneros en sus manos! Cogían a los hijos pequeños de las cabras y corderos y los separaban de sus madres. Luego, se quedaban con nuestra leche y se llevaban a nuestros hijos, hambrientos y sedientos y con las manos y los pies atados, al matadero y a la carnicería. Éstos gritaban, pero nadie se compadecía de ellos. Pedían auxilio, pero no lo recibían. Finalmente los veíamos en las tiendas de los carniceros, matados, desollados, con los vientres hendidos, los huesos y la cabeza partidos, así como los huesos con tuétano y el hígado. Después eran cortados con cuchillos, guisados en marmitas o asados en el atanor, mientras nosotros permanecíamos callados, sin queja ni llanto. Aunque hubiésemos llorado no se habrían apiadado de nosotros. ¿Dónde está, pues, su misericordia?».

A continuación vino el camello: «Oh rey, te habrías compadecido de nosotros, te habrías apiadado y llorado si nos hubieses visto cautivos en poder de los hombres, con la nariz perforada, arrastrándonos el camellero por la brida, a la fuerza. Transportábamos en nuestros lomos sus fardos, caminando en la oscuridad de la noche, tropezando en las piedras y arenales,

hiriéndonos en los costados y lomos con el roce de las albardas y padeciendo hambre y sed. ¿Dónde está su clemencia?».

Siguió después el elefante: «Te habrías compadecido y habrías llorado por nosotros, oh rey, si nos hubieses visto en manos de los hombres con los pies trabados, con gruesas cuerdas en nuestros cuellos, mientras ellos nos aguijoneaban con varas de hierro y nos obligaban a la fuerza a ir a derecha e izquierda, a pesar de nuestro gran cuerpo. ¿Dónde está, pues, la misericordia y la compasión que alegaba este hombre?».

Dijo luego el caballo: «Te habrías compadecido de nosotros, oh rey, si nos hubieses visto cautivos en poder de los hombres, con el freno en nuestras bocas, las sillas en los lomos y la cincha en nuestra cintura. Los jinetes, cubiertos con corazas, cabalgaban sobre nosotros en los campos de batalla. Nos lanzábamos al fragor del combate hambrientos y sedientos, teniendo las espadas sobre nuestras cabezas, las lanzas ante nuestro pecho y las flechas rondando nuestros cuellos. Nos sumergíamos en la muerte y nadábamos en sangre».

Dijo el mulo entonces: «Si nos hubieses visto, oh rey, cautivos en poder de los hombres, con trabas en los pies, freno en la boca, con gamarras y cinchas alrededor del lomo, mientras los palafreneros y jaeceros más ruines nos maldecían con las peores injurias y nos pegaban con varas por delante y por detrás, con tanta rabia y furor que a veces hasta llegaban a maldecirse a sí mismos y a sus prójimos, lo que recae sobre ellos, puesto que lo merecen más. Si pensases también, oh rey, en las cualidades que tienen, como la estupidez, la ignorancia, la abominación y las palabras soeces, te admirarías del poco conocimiento que poseen de sus situaciones vituperables, cualidades feas, naturalezas malas, acciones funestas, enorme ignorancia, opiniones falsas y diferentes doctrinas.

Además, no se arrepienten ni se sienten avisados o amonestados por las exhortaciones de sus profetas. Tampoco obedecen los mandatos de su Señor, cuando dice: "Absuelvan y perdonen. ¿No queréis que Dios os perdone?"[18]. "Di a quienes creen, que perdonen a quienes no esperan los días de Dios"[19]. "No hay una bestia que ande por la tierra, ni un pájaro que vuele con sus alas sin que formen comunidades semejantes a la vuestra"[20]. "Para

que os coloquéis en su dorso; luego, cuando estéis colocados, recordad el beneficio de vuestro Señor y decid: Gloria a Quien nos ha sometido esto, pues nosotros no hubiésemos podido, nosotros a nuestro Señor volveremos"[21]».

Cuando terminó el mulo de hablar, se volvió el camello al cerdo maldito y le dijo: «Levántante, habla y cuenta las injusticias que los hombres cometen con las piaras de cerdos. Quéjate al rey misericordioso, tal vez se apiade, tenga misericordia de nosotros y nos libre de nuestro cautiverio de manos de los hombres, pues vosotros también formáis parte del ganado».

Intervino en ese momento un sabio de los genios: «¡Por mi vida!, el cerdo no forma parte del ganado, sino de las fieras. ¿No ves que tiene colmillos y come carroñas?».

Pero le cortó otro: «Al contrario, forma parte del ganado. ¿No ves que tiene pezuña hendida y come hierba y forraje?».

Otro dijo a su vez: «Es una mezcla de ganado y caballería como la jirafa, que es mezcla de ganado mayor, de leopardo y de camello y como el avestruz, cuya forma se parece a la del ave y a la del camello».

Contestó el cerdo al camello: «Por Dios, qué diré y de quién me quejaré, con la gran disparidad que hay entre los que hablan sobre nuestra condición. Ya has oído lo que han dicho los sabios de los genios. La discrepancia de los hombres sobre nuestro caso todavía es mayor y la idea y opinión que tienen de nosotros están muy lejos de nuestra realidad.

Los musulmanes dicen que somos unos animales malditos, metamorfoseados. Consideran horrible nuestra figura, repugnante nuestro olor e impura nuestra carne y se abstienen de mencionar nuestro nombre.

Los cristianos, en cambio, disputan por comer nuestras carnes en sus ágapes, se consideran bendecidos por Dios con ella y le hacen ofrendas de ésta.

Los judíos, por su parte, nos odian, injurian y maldicen sin que les hayamos ofendido o dañado, Esto se debe a la enemistad que tienen con los cristianos.

Los bizantinos y los armenios nos consideran como las demás gentes consideran al ganado mayor y menor y encuentran en nosotros una bendición por nuestros lozanos cuerpos, nues-

tras carnes mantecosas y el gran provecho que de nosotros sacan.

En lo que se refiere a los médicos griegos, medicinan con nuestra manteca y la recetan en sus medicamentos y tratamientos.

Los palafreneros mezclan nuestra manteca con la medicación y el forraje que dan a sus caballerías, ya que el estado de éstas, según ellos, mejora con esta mezcla y con la aspiración de nuestros olores.

Los encantadores y magos rivalizan por utilizar nuestra piel para sus libros, fórmulas de encantamiento, hechizos y patrañas. Los zapateros y remendones se disputan nuestro pelo y se apresuran a arrebatárnoslo, dada la gran necesidad que tienen de él.

Por todo esto nos hemos quedado perplejos, sin saber a quién dar gracias ni de quién quejarnos, pero ciertamente se nos trata de un modo injusto».

Cuando terminó el cerdo de hablar, se volvió el asno a la liebre, que estaba delante del camello, y le dijo: «Habla y cuenta los atropellos que los hombres hacen a las liebres y quéjate al rey misericordioso. Tal vez se compadezca de nosotros, tenga en cuenta nuestra situación y nos libre de la cautividad bajo el poder de los hombres».

Dijo la liebre: «Nosotros nos hemos librado de los hombres, pues hemos abandonado las regiones habitadas por ellos y hemos buscado refugio en los agujeros y bosques, salvándonos así de su maldad. Pero a pesar de esto, somos acosados con perros, aves de presa y caballos, que en alianza con los hombres vienen en persecución nuestra. También persiguen a nuestros amigos las gacelas, los onagros, el ganado mayor, los ciervos y los antílopes, que habitan en las montañas, adonde fueron a refugiarse».

La liebre siguió diciendo: «Los perros y las aves de presa son excusables al ayudar al hombre por la ocasión que tienen de comer nuestra carne, ya que no pertenecen a nuestra especie, sino a las fieras. Los caballos, en cambio, forman parte de las caballerías y no pueden comer nuestra carne. No colaborarían, pues, con el hombre contra nosotros si no fuese por la ignorancia y el poco conocimiento que tienen para llegar al fondo de las cosas».

Explicación de la superioridad del caballo sobre los restantes cuadrúpedos

Dijo el hombre a la liebre: «Para, pues has reprochado y vituperado mucho al caballo. Si supieses que es el mejor animal que se ha sometido al hombre no dirías eso».

Dijo el rey al hombre: «¿En qué consiste esa excelencia del caballo? Explícate».

Contestó éste: «Se trata de cualidades dignas de elogio, de virtudes hermosas y de una conducta admirable. Por ejemplo, tiene una bella estampa, pureza de color, los miembros de su cuerpo son proporcionados y su pelo es hermoso. Es rápido en la carrera, obedece al jinete adondequiera que lo mueva, a derecha, a izquierda, adelante, atrás. Se dirige al combate, huye, carga de nuevo y retorna. Es inteligente, posee excelentes sentidos y tiene buenos modales. No suele depositar sus excrementos ni orinar mientras el jinete cabalga en él y tampoco mueve la cola, si está mojado, para no salpicar a su dueño.

Por otra parte, tiene la fuerza del elefante, pues lleva al jinete con su casco, coraza y armas, además de la silla, la brida, su propia armadura y los aparejos de hierro; en total cerca de mil arreldes. Al mismo tiempo, no deja de correr velozmente. Aguanta tanto como el asno, cuando los golpes de lanza se suceden en su pecho durante la batalla. La rapidez de su carrera en las algaras es como la del lobo. Al andar se contonea como el toro. Su trote es como el galope del zorro. Sus caracoleos son como la piedra desgajada de una roca cuando la baja el torrente. Salta como la pantera y en las carreras se apresura a correr cuando se le estimula a lograr la victoria».

Dijo la liebre: «A pesar de estas laudables virtudes y buenas cualidades tiene un defecto muy grande que oscurece todas sus virtudes».

Preguntó el rey: «¿Cuál es? Explícamelo».

Contestó: «Su ignorancia y su poco conocimiento de la realidad, pues lo mismo corre de huida, llevando al enemigo de su dueño, al que no ha visto nunca, que va con su dueño, en cuya casa nació y se crió. Igual lleva al enemigo de su dueño contra él, como a su dueño en busca del enemigo. En esto es semejante a

la espada, que no tiene alma y no siente ni conoce. Lo mismo corta el cuello de su dueño o del que la ha bruñido, que el cuello de quien quiere romperla o curvarla, sin hacer ninguna distinción entre ambos.

Esta característica –siguió diciendo la liebre– existe también entre los hombres, pues, a veces, uno de ellos combate contra sus padres, hermanos o parientes, les tiende asechanzas y les perjudica del mismo modo que hace contra un enemigo lejano de quien jamás ha visto un favor o un bien.

Los hombres beben la leche del ganado igual que la leche de sus madres y van a lomos de las caballerías igual que van a hombros de sus padres cuando son pequeños. Aprovechan la lana y el pelo de los animales para hacerse mantas y objetos de mobiliario. Finalmente, los sacrifican y despellejan, abren sus vientres, cortan sus miembros y les hacen probar el fuego cociéndolos y asándolos. No tienen piedad ni se acuerdan de los servicios que les han prestado, ni tampoco de los beneficios y bendiciones que han conseguido gracias a ellos».

Cuando terminó la liebre de censurar al hombre y al caballo, díjole el asno: «No censures demasiado, pues no hay ninguna criatura a la que se le hayan dado virtudes en abundancia que no haya sido privada de otras mayores. Tampoco existe nadie privado de unos dones al que no se le haya dado algo que no fue concedido a otros, pues los dones de Dios son tantos que no se pueden reunir todos en una sola persona, ni son exclusivos de una clase o especie, sino que han sido distribuidos entre todas las criaturas y unas tienen más y otras menos.

No existe ninguna persona que tenga señales claras de señorío, en la que no estén a la vez patentes las de la esclavitud y servidumbre. El ejemplo de esto lo tenemos en las dos luminarias de la órbita celeste, el sol y la luna. Ambas recibieron de Dios Altísimo un lote espléndido de dones en luz, tamaño, esplendor y grandeza, hasta el punto de que, a veces, algunos pueblos han creído que eran dos señores, dos dioses, por las claras señales de señorío que hay en ellos. Por esto mismo se les obligó a eclipsarse, para que los inteligentes viesen en esta señal que no eran dioses, ya que en ese caso no se hubieran eclipsado.

Igual se comportan los restantes planetas. Cuando se les dieron luces brillantes, esferas que giran y larga duración, no se les permitió la posibilidad de evitar la combustión, la retrogradación y la caída, a fin de que fuesen señales claras de su servidumbre.

Así sucede con las restantes criaturas: genios, hombres y ángeles, pues no hay nadie a quien le hayan sido dadas hermosas virtudes y dones espléndidos que no haya sido privado de algo mayor. ¡La perfección sólo es de Dios Altísimo, el Vencedor!».

Cuando el asno terminó de hablar, dijo el toro: «De todos modos, a quien le ha correspondido un gran lote de los dones de Dios Altísimo, debe dar gracias y hacer limosna de la superabundancia que ha recibido a quien está privado de ellos porque Dios no le haya socorrido con éstos.

¿No ves cómo el sol, por tener una abundancia considerable de luz, la derrama sobre las criaturas y no les echa en cara este favor? Asimismo, la luna y los planetas expanden su luz, cada uno según su capacidad. Los hombres, que han recibido dones de Dios de los que otros animales están faltos, deben hacer limosna de ellos, sin echar luego en cara tal limosna».

Cuando el toro terminó de hablar, gritaron las caballerías y ganados: «¡Apiádate de nosotros, rey justo y noble; líbranos de la injusticia de estos hombres inicuos!».

Se dirigió el rey de los genios a los jueces y sabios de los genios allí presentes: «¿No oís las quejas de las caballerías y ganados, así como la injusticia, tiranía y hostilidad que cuentan de los hombres para con ellos y la poca compasión que les tienen?».

Contestaron: «Hemos escuchado todo lo que han dicho y es verdad y cierto, pues puede verse en ellos día y noche. Es algo que no puede pasar por alto a la gente inteligente. Por esto mismo huyeron de ellos los genios dirigiéndose a los yermos, desiertos y sitios apartados, a las crestas de los montes y colinas, a los valles profundos y a las orillas de los mares. Habían visto sus malvados hechos y sus malas naturalezas y no quisieron seguir refugiándose en las regiones habitadas por los hombres.

A pesar de todas estas cualidades, los genios no están libres de que los hombres piensen mal y tengan una pésima opinión sobre ellos, ya que creen que entre los genios y los hombres hay riñas y golpes. Las mujeres, los niños y los ignorantes tienen tal

temor que para guardarse de la maldad de los genios recurren a amuletos, hechizos, talismanes y cosas parecidas.

Sin embargo, jamás se ha visto que un genio hiciese alguna de estas cosas: matar a un hombre, herirle, cogerle los vestidos, robarle las mercancías, perforar la pared de su casa para robar, rasgarle el bolsillo, cortarle la manga, descorrer el cerrojo, cortar el camino al viajero, rebelarse contra el poder, hacer algaras o tomar cautivos. Por el contrario, todas estas características se hallan entre los hombres, pues están día y noche unos contra otros y después ni se arrepienten ni reflexionan».

Cuando terminó de hablar, proclamó un heraldo: «¡Ea!, oh multitud, se nos ha hecho tarde. Marchad honrados a vuestros lugares para volver mañana si Dios quiere. Amén».

Capítulo II

Explicación de lo provechoso que es consultar a los consejeros

Cuando el rey se levantó y hubo salido del salón, quedóse a solas con su visir, Bidar[22], que era un hombre juicioso, grave y filósofo. Díjole el rey: «Has sido testigo de la reunión y has oído las palabras y dichos que ha habido entre las partes allegadas. También sabes a qué han venido. ¿Qué aconsejas que hagamos con ellos o qué te parece más acertado?».

Dijo el visir: «¡Dios ayude al rey, lo dirija y lo encamine por la senda recta! En mi opinión, lo más acertado es que el rey ordene a los cadíes, alfaquíes, sabios y consejeros de los genios que se reúnan con él a fin de consultarles sobre esta cuestión, pues va a ser una sentencia importante, un asunto elevado y habrá una larga polémica, ya que la situación es muy problemática. La opinión en común y la consulta dan más claridad al que tiene una opinión satisfactoria, ponen en la buena guía al que está perplejo y al decidido y juicioso le dan ciencia y certeza».

El rey dijo: «Sí, es acertado lo que piensas».

Acto seguido mandó el rey presentarse a los cadíes de los genios de la tribu de Birŷīs[23], a los alfaquíes de la tribu de Nāhīd, a los prudentes de los Banū Bīrān, a los sabios de los Luqmān, a la gente de los Banū Hāmān, conocidos por su experiencia, a los filósofos de los Banū Kaywān y a los enérgicos y resueltos de la tribu de Bahrām[24].

Una vez reunidos, quedóse el rey a solas con ellos y les dijo: «Ya conocéis la llegada de estos grupos a nuestro país y su veni-

da a nuestra corte. Los habéis visto presentes en nuestro salón y habéis escuchado sus palabras y discusiones. También habéis oído las quejas de estos animales, cautivos por la injusticia de los hombres, pidiéndonos ayuda y protección. ¿Qué os parece que podemos hacer con ellos? ¿Cuál es vuestro consejo?».

Dijo el jefe de los alfaquíes de la tribu de Nāhīd: «¡Dios extienda el poder de la mano del rey y le dé éxito en el acierto! Mi opinión es que el rey ordene a estos animales que escriban una historia en la que mencionen las injusticias que los hombres han cometido con ellos. Luego, que sometan dicha historia a las fetuas de los alfaquíes. Así podrán salvarse de la injusticia y de la opresión. El cadí sentenciará a favor de ellos, bien con la compra o la emancipación o al menos les proporcionará algún alivio y bien. Si los hombres no hicieran lo que decide el cadí y estos animales escapasen, no incurrirían en falta».

Dijo el rey a la asamblea: «¿Qué pensáis de este consejo?».

Contestaron: «Es correcto y está bien encaminado».

Pero el resuelto de la tribu de Bahrām no dijo nada y preguntó a continuación: «¿Habéis pensado, si estos animales piden ser vendidos y acceden a ello los hombres, quién es el que pagará el importe de sus precios?».

Dijo el alfaquí: «El rey».

«¿Cómo?»

«Del tesoro público de los genios musulmanes», contestó.

Pero dijo uno, conocido por sus sabios consejos: «El tesoro público de los genios musulmanes no es suficiente para pagar sus precios. Además, muchos hombres no desean venderlos porque tienen gran necesidad de ellos y porque pueden pasar sin el importe de su venta, como, por ejemplo, los reyes, los nobles y los ricos. Esto es algo irrealizable, no os canséis en ello».

El rey le preguntó: «¿Qué consejo te parece a ti más acertado?».

«Para mí, lo más acertado es que el rey ordene a estas caballerías y ganados, cautivos en poder de los hombres, que se pongan de acuerdo y huyan todos en una sola noche, alejándose de las regiones habitadas por los hombres, como hicieron los onagros y las gacelas. Así, cuando amanezcan los hombres por la mañana, no encontrarán en qué cabalgar ni en qué llevar sus cargas al querer ir en su busca y tener que hacer frente a una larga distancia y a un penoso viaje. En esto estará su salvación.»

Se resolvió el rey por esta opinión y acto seguido dijo a los que estaban a su lado: «¿Qué opináis sobre lo que ha dicho este consejero?».

Dijo el jefe de los sabios de la tribu de Luqmān: «Para mí, esto es irrealizable, y no se puede llevar a cabo porque la mayoría de estos animales están atados por la noche y con las puertas cerradas. ¿Cómo les va a ser posible huir en una sola noche?».

Intervino entonces el resuelto: «Que envíe el rey esa noche a las tribus de los genios para que les abran las puertas, les desaten las ataduras y trabas y aten a sus guardianes. De este modo podrán alejarse los animales de las regiones habitadas por los hombres. Sabe, oh rey, que tienes una gran recompensa en esto, pues te he dado un buen consejo, ya que está inspirado en la lástima que me dan estos animales. Así cuando Dios Altísimo conozca la buena intención y la recta resolución del rey, le ayudará, asistirá y socorrerá. La acción de gracias por sus dones consiste en ayudar a los oprimidos y salvar a los afligidos. En uno de los libros de los profetas está escrito: "Dice Dios: 'Oh rey poderoso, no te he dado a ti poder para que acumules riquezas y te des a las pasiones y al placer, sino para que atiendas en mi nombre la invocación del oprimido, pues no la desatiendo, aunque sea de un infiel'[25]"».

El rey se decidió por lo que le indicó el consejero. Luego dijo a los presentes que estaban a su alrededor: «¿Qué pensáis sobre lo que ha dicho?».

Contestaron: «Es un buen consejo en el que ha empleado un gran esfuerzo».

Todos admitieron como buena esta opinión, excepto el filósofo de la tribu de Kaywān, que dijo: «¡Dios te haga ver, oh rey, lo oculto de las cosas y descubra a tu vista los asuntos intrincados! Ciertamente en esta acción hay algo importante de cuyo mal resultado no estamos seguros, pues no es posible corregir lo que fue, ni arreglar lo que pasó».

El rey preguntó al filósofo: «Dinos cuál es tu opinión, qué es lo que temes y de qué te guardas. Explícate para que lo sepamos nosotros».

«Oh rey, está equivocado quien te ha indicado esa manera de salvar a estos animales del poder de los hombres. ¿Es que éstos, cuando se levanten por la mañana y se den cuenta de la fuga de los animales de sus casas, no van a saber con certeza que esto no se debe a obra de hombre ni a industria de animal? ¿Dudarán de que esto es debido a la acción y a la astucia de los genios?»

Contestó el rey: «No tendrán la menor duda de ello».

Siguió diciendo el filósofo: «Después de esto, siempre que los hombres piensen en las ventajas y beneficios que se les han ido con su huida, ¿no se van a llenar de tristeza, pena, rabia y dolor por lo que se les ha escapado? ¿No van a guardar rencor a los genios, mostrarles su hostilidad y odio, idear contra ellos trampas y engaños y buscarles las vueltas y expiarles? Entonces incurrirán los genios en preocupaciones, enemistades y temores de los que antes se hallaban libres. Ya dijeron los sabios: "Es prudente y sensato el que pone paz entre los enemigos y no atrae enemistad ni para sí ni para otro"».

Dijo la asamblea: «Es cierto lo que el sabio filósofo ha dicho».

Habló luego uno de los sabios: «¿Qué contrariedades temes afecten a los genios derivadas de esta enemistad? Ya sabes que los genios son espíritus ligeros, de fuego, que por su naturaleza se mueven hacia arriba, y los hombres son cuerpos terrestres, pesados, que por naturaleza se mueven hacia abajo. Nosotros los vemos, pero ellos no nos ven a nosotros. Circulamos por la noche entre ellos y no nos sienten, los rodeamos y no pueden tocarnos. ¿Qué temeremos, pues, de ellos, oh sabio?».

El sabio le contestó: «Nada de eso. No has tenido en cuenta algo más grande y se te ha pasado por alto lo más importante. ¿No sabes que los hombres, aunque tienen cuerpos terrestres, tienen también espíritus celestes y almas racionales, angélicas, con las que os pueden engañar y tender asechanzas? Sabed que tenéis escarmiento y experiencia en las historias que ocurrieron en los primeros siglos entre los hombres y los genios».

Dijo el rey: «Infórmanos, oh sabio, cómo fue y cuéntanos las cosas más importantes que sucedieron».

Explicación del origen de la enemistad que existe entre los hombres y los genios

Dijo el sabio: «Entre los hombres y los genios existe una enemistad natural y un espíritu de cuerpo[26] innato, pues son naturalezas rivales. La explicación de todo ello sería larga».

El rey dijo: «Háblanos un poco de lo que te parezca bien y comienza desde el principio».

Entonces comenzó el sabio: «En los tiempos antiguos, antes de la creación del padre del género humano, habitaban y residían en la tierra los genios, ocupando tierras, mares, llanuras y montañas. Vivieron largos años en la abundancia y en el bienestar. Tenían realeza, profecía, religión y ley, pero se hicieron malvados, actuaron injustamente y abandonaron los mandatos de sus profetas. Abundó así la corrupción en la tierra y ésta y los que en ella había clamaron contra sus injusticias.

Cuando se cumplió el correr del tiempo y comenzó una nueva edad, envió Dios un ejército de ángeles que bajó del cielo para habitar la tierra. Pusieron en fuga a los genios, arrojándolos a los confines de la tierra, e hicieron numerosos cautivos. Entre éstos se encontraba 'Azāzīl[27], el diablo maldito, el tentador de Adán y Eva. Él era entonces un niño que no tenía aún uso de razón. Cuando creció entre los ángeles, aprendió su ciencia. Se parecía a éstos por fuera, pero su constitución y su substancia no era como la de ellos. Con el transcurso del tiempo vino a ser el jefe, dando órdenes y prohibiciones y siendo obedecido durante algún tiempo.

Cuando se cumplió el correr del tiempo y comenzó una nueva edad, inspiró Dios a aquellos ángeles que había en la tierra diciéndoles: "Pondré en la tierra un vicario"[28] distinto de vosotros y os elevaré al cielo.

No les pareció muy bien a los ángeles que estaban en la tierra tener que abandonar la morada a la que se habían acostumbrado y dijeron: "¿Pondrás en ella a quien extienda la corrupción y derrame la sangre"[29] "como hacen los hombres, mientras nosotros cantamos tu loor y te santificamos?". Respondió: "'Yo sé lo que no sabéis'[30] porque me he jurado a mí mismo, al fin del asunto, una vez que se acabe el ciclo del hombre y de su descendencia,

no dejar sobre la superficie de la tierra a ningún ángel, genio, hombre o animal, excepto al que yo quiera". En este juramento hay un secreto que en otro lugar hemos explicado.

Cuando Dios creó al hombre y lo tuvo acabado, le infundió su espíritu y creó de él a su esposa, Eva. A continuación ordenó a los ángeles que había sobre la tierra que se postrasen ante él y le obedeciesen. Le obedecieron todos, excepto 'Azāzīl, que, lleno de soberbia, se negó a ello. Se apoderó de él el orgullo del paganismo[31] y la envidia, pues veía que desaparecía su primacía, que tendría que obedecer tras haber sido obedecido y convertirse en subordinado tras haber sido jefe.

Inspiró Dios a aquellos ángeles para que subieran al cielo al hombre y lo introdujeran en el paraíso. Luego inspiró Dios Altísimo a Adán diciéndole: "Adán, habita tú con tu mujer en el paraíso. Comed donde os apetezca, pero no os acerquéis a este árbol, pues seríais injustos"[32].

Este paraíso era un jardín situado en el Oriente, en la cima del monte Yāqūt, adonde no podía subir ningún ser humano. Su tierra era excelente y el clima templado tanto en invierno como en verano, de día y de noche. Tenía numerosos ríos, árboles verdes, variadas clases de frutas y frutos, jardines, plantas aromáticas y flores. Había en él muchísimos animales, salvo los dañinos, y pájaros de armoniosa voz y agradables melodías y cantos[33].

Sobre la cabeza de Adán y Eva había una larga cabellera que colgaba como las hermosas cabelleras que llevan las doncellas. Llegaba a sus pies cubriendo sus vergüenzas y les servía de manto y velo, constituyendo un hermoso adorno. Paseaban ambos junto a las orillas de aquellos ríos, entre plantas olorosas y árboles, comiendo las distintas clases de frutos que allí había y bebiendo agua de sus ríos. No sentían fatiga en su cuerpo ni molestia en su espíritu, ni tenían tampoco la desgracia de tener que labrar, sembrar, segar, trillar, moler, amasar, cocer el pan, hilar, tejer, lavar y otras cosas molestas con que sus descendientes se ven obligados hoy en día para poder vivir en este mundo. Estaban sometidos a la misma ley que los animales que allí había, viviendo tranquilos y gozando de una vida descansada y placentera.

Dios Altísimo había inspirado a Adán los nombres de aquellos árboles, frutos y plantas olorosas, así como los nombres de

los animales que allí había. Cuando Adán habló, preguntó Dios a los ángeles esos nombres, pero éstos no supieron contestarle. Entonces puso a Adán como maestro para que les enseñase sus nombres, lo útil y lo perjudicial de ellos. Los ángeles obedecieron sus órdenes y prohibiciones al ver claramente su superioridad.

Sin embargo, con esto creció la envidia y el odio de 'Azāzīl, quien ideó tretas, añagazas y estratagemas contra ellos día y noche. Después se les acercó a guisa de consejero diciéndoles: "Dios os ha llenado de gracias al concederos elocuencia y retórica, pero si coméis de este árbol aumentará vuestra ciencia y certeza, permaneceréis aquí a salvo eternamente y no moriréis jamás". Ellos se dejaron engañar cuando les juró que él era un consejero sincero. La avaricia les empujó y se apresuraron a alcanzar aquello que les estaba vedado.

Una vez que hubieron comido de aquel árbol, cayó su pelo y se quedaron desnudos, permaneciendo al descubierto sus partes vergonzosas. El ardor del sol les hirió directamente, ennegreciendo sus cuerpos, y los animales, al ver su estado, huyeron de ellos.

Ordenó Dios entonces a los ángeles que los sacasen de allí y los arrojasen a la parte inferior de la montaña. Éstos así lo hicieron y ambos fueron a parar a un lugar árido, sin vegetación ni frutos. Allí permanecieron largo tiempo llorando y lamentando con tristeza y pesar lo que habían perdido, arrepentidos por lo que les había pasado.

Pero la misericordia de Dios acudió pronto en su ayuda, pues les perdonó y mandó un ángel para que les enseñase a labrar, sembrar, segar, trillar, moler, cocer el pan y también a hilar, tejer, coser y usar vestidos.

Cuando se multiplicaron y se hizo numerosa su progenie, convivieron con ellos los descendientes de los genios. Éstos los instruyeron en los oficios artesanos y les enseñaron a labrar, a plantar, a edificar y a distinguir lo útil de lo dañino. Sus relaciones fueron amistosas, se mostraron amables y frecuentaron su trato durante un tiempo, estando en buena armonía.

Sin embargo, cuando los hombres se acuerdan de lo que les sucedió a sus padres por causa del engaño y de la hostilidad de 'Azāzīl, el diablo maldito, se llenan sus corazones de rabia, odio y rencor contra los descendientes de los genios. Por esto, cuan-

do Caín mató a Abel, los hijos de éste creyeron que aquello se debía a enseñanza de los genios[34]. Aumentó entonces su rencor, les buscaron las vueltas y tramaron toda clase de engaños, con fórmulas de encantamiento, hechizos, brujerías y encierro en botellas, castigándolos con diversas clases de humos e inciensos perjudiciales que los disipan y espantan.

Siguieron así, hasta que envió Dios Altísimo al profeta Idrīs[35]. Éste reconcilió a los hombres y a los genios por medio de la religión, la ley, el Islam y la fe. Los genios volvieron a las moradas de los hombres y convivieron con ellos del mejor modo hasta los días del Diluvio y luego hasta los días de Abraham, el amigo de Dios[36]. Cuando éste fue arrojado al fuego, creyeron los hombres que los genios habían enseñado la catapulta a Nemrod[37], el tirano, para esto.

Luego, los hermanos de José[38] arrojaron a éste al pozo y también se atribuyó esta acción a instigaciones de Satán por medio de los genios. Pero cuando fue enviado Moisés[39], reconcilió éste a los genios con los israelitas por medio de la religión y la ley y entraron la mayor parte de los genios en la religión de Moisés.

Llegado el tiempo de Salomón[40], hijo de David, Dios fortificó su reino y sometió bajo su poder a los genios y a Satán. Pero después que Salomón venció a los reyes de la tierra, se vanagloriaron los genios, creyendo estar por encima de los hombres, porque aquello se debía a la ayuda que ellos habían prestado a Salomón. Dijeron: "Si no hubiese sido por nuestra ayuda, la autoridad de Salomón sería como la de cualquier rey de los hombres". Además de esto, hicieron creer al hombre que ellos conocían lo oculto y lo secreto. Sin embargo, cuando murió Salomón estaban los genios en un castigo despreciable y no se dieron cuenta de su muerte. Entonces comprendieron los hombres que si éstos hubiesen conocido lo oculto y lo secreto no habrían permanecido más tiempo en ese despreciable castigo.

También, cuando vino la abubilla con la noticia de Bilqīs[41], dijo Salomón a la multitud de los genios y hombres: ¿Quién de vosotros me traerá su trono antes de que me vengan a mí sometidos? Se vanagloriaron los genios y dijo un 'Ifrīt[42] de ellos: "Yo te lo traeré antes de que te levantes de tu sitio[43], es decir, del salón del juicio." Éste era Uṣṭus b. Īwān[44].

Dijo Salomón: "Quiero que sea más rápido aún".

Respondió el que tenía la ciencia del libro, que era Āṣaf b. Barajya[45]: "Yo te lo traeré en un abrir y cerrar de ojos".

Cuando Salomón vio el trono junto a él, cayó postrándose ante Dios, pues comprendió la superioridad del hombre sobre los genios. Se terminó así la reunión y partieron los genios de allí avergonzados y cabizbajos, mientras el tumulto de los hombres, que se alegraban de su confusión, resonaba tras ellos.

Después de suceder esto, huyó de Salomón una parte de los genios, declarándose uno de ellos en rebeldía. Entonces dirigió Salomón en su busca a sus ejércitos y les enseñó cómo habían de cogerlos mediante sortilegios, fórmulas de encantamiento, palabras y aleyas reveladas y cómo los tenían que encerrar mediante brujerías en botellas. Con este objeto compuso un libro que fue hallado entre sus tesoros después de su muerte. Salomón empleó a los genios rebeldes en trabajos forzados hasta que murió.

Cuando fue enviado el Mesías, invitó éste a las criaturas, hombres y genios, a ir hacia Dios Altísimo. Les inspiró el deseo de encontrarle, les explicó el camino de la salvación y les mostró la subida al reino de los cielos. Algunos grupos de genios entraron en su religión, se hicieron monjes y ascendieron hasta aquí, oyeron las historias de las más altas reuniones y se dieron a la adivinación.

Finalmente envió Dios a Mahoma, quien impidió a los genios oír a hurtadillas. Entonces éstos dijeron: "No sabemos si su señor desea el daño de quienes están en la tierra o su bien"[46]. Algunas tribus de genios entraron en su religión y fueron buenos musulmanes. Así se arregló la cuestión entre los genios y los musulmanes hasta estos tiempos nuestros».

Añadió luego el sabio: «Oh asamblea de los genios, no os metáis con los hombres ni estropeéis la situación actual. No renovéis los rencores latentes ni suscitéis la antigua enemistad ubicada en la naturaleza y en la íntima disposición. Ésta es como el fuego oculto de las piedras que aparece cuando se frota y se enciende con el alcrebite, quemando entonces las casas y los zocos. ¡Busquemos refugio en Dios de la garra de los malos y del poder de los libertinos, que son causa de desgracia y de perdición!».

Después que el rey oyó esta extraordinaria historia, agachó la cabeza pensando en lo que había oído. A continuación dijo: «Oh

sabio, ¿qué te parece más acertado sobre el asunto de estas partes que han venido buscando nuestra protección? ¿Cómo las vamos a despedir de nuestro país para que queden satisfechas con una sentencia justa?».

Contestó: «Un juicio acertado sólo es posible tras cerciorarse, actuar despacio, reflexionar y considerar atentamente las cosas pasadas. Mi opinión es que el rey celebre mañana una sesión para la vista de la causa, haga comparecer a las partes en litigio y escuche los argumentos y explicaciones que alegan para que vea claro a quién ha de dirigir la sentencia. Tras esto puede tomar una decisión».

El resuelto dijo: «¿Habéis reparado en la incapacidad de estos animales para hacer frente al hombre en el discurso? Su elocuencia y su capacidad de expresarse es escasa. En cambio, el hombre, con su lengua aguda, con su buena expresión y elocuencia está muy por encima de ellos. ¿Vamos a abandonar, pues, a estos animales, dejándoles cautivos en sus manos y permitiendo que les impongan severos castigos continuamente? No. Sin embargo, estos animales estarán en cautividad y esclavitud hasta que termine la vuelta de esta edad y venga el comienzo de otra en la que traiga Dios consolación y salvación. Como cuando salvó a la tribu de los israelitas del castigo de la tribu del Faraón, a la de David del castigo de Nabucodonosor[47], a la de Ḥimyar[48] del castigo de la de Tubba'[49], a la de Sāsān[50] del castigo de Grecia y a la de 'Adnan[51] del castigo de la de Ardašīr[52].

Los días de este mundo, pues, son turnos entre sus habitantes que se desarrollan con el permiso, la presciencia de Dios y el cumplimiento de su voluntad, de acuerdo con las leyes de las conjunciones y revoluciones de los astros, una vez cada mil años, o cada doce mil, o cada treinta y seis mil, o cada trescientos sesenta mil, o en cualquier día cuya medida sea de cincuenta mil años».

Explicación del modo que tiene el pueblo para descubrir los secretos de los reyes

Cuando se quedó a solas el rey con su visir aquel día, se reunió la asamblea de los hombres en sesión, siendo setenta perso-

nas de diversos países. Empezaron a hacer conjeturas y dijo uno de ellos: «Habéis visto y oído las palabras y el largo discurso que ha habido entre nosotros y nuestros siervos y todavía no se ha acabado la discusión. ¿Sabéis cuál es la opinión del rey sobre nuestro asunto?».

Contestaron: «No lo sabemos; sin embargo, creemos que de aquí le ha sobrevenido al rey una inquietud y una preocupación tal que mañana no se pondrá a juzgarnos».

Dijo uno: «Creo que mañana se quedará a solas con el visir y le consultará sobre nuestro asunto».

Otro dijo: «Al contrario, mañana reunirá a los sabios y alfaquíes y les consultará sobre nuestro asunto».

«No sabemos –dijo otra voz– qué le aconsejarán, pero creo que el rey tiene buena opinión de nosotros.»

«Sin embargo –intervino otro–, temo que el visir se incline contra nosotros y nos perjudique.»

Pero otro dijo a su vez: «El asunto del visir es fácil, se le lleva algún regalo para que se incline a nuestro lado y tenga buena opinión de nosotros».

Otra voz se dejó oír: «Yo temo otra cosa».

«¿Qué es?», le preguntaron.

«Las fetuas de los ulemas y la sentencia del cadí.»

Respondieron: «La cuestión de éstos es también fácil, se les lleva algunos regalos y se les soborna. Así mejorarán su opinión sobre nosotros, nos buscarán triquiñuelas jurídicas y no les importará cambiar los juicios en que ahora nos tienen. El que es de temer, sin embargo, es el resuelto, pues tiene una opinión acertada, es firme, aferrado a su criterio e inconmovible y no muestra parcialidad por nadie. Si le consulta, temo le aconseje que ayude a nuestros siervos en contra nuestra e incluso le enseñará cómo ha de sacarlos de nuestro poder».

Dijo otro: «Ciertamente es como has dicho. No obstante, si consulta el rey a los sabios y filósofos, éstos necesariamente diferirán en sus opiniones, pues los sabios cuando se reúnen y consideran un asunto, a cada uno se le ocurre una opinión distinta y difieren, por tanto, en lo que aconsejan sin ponerse casi nunca de acuerdo en una única opinión».

Preguntó otro: «¿Habéis pensado, si el rey consulta a los al-

faquíes y cadíes, qué le van a aconsejar sobre nuestro asunto?».

Contestó uno: «Las fetuas de los ulemas y la sentencia del cadí han de ser una de estas tres cosas: bien la emancipación y liberación de nuestras manos o la venta y el pago de sus precios o la suavización y mejoramiento de trato. Según las leyes de la religión, no hay más que estas tres posibilidades».

Otro preguntó a su vez: «Si el rey consulta al visir, ¿qué le aconsejará éste?».

Alguien le contestó: «Creo que le dirá: "Estos grupos han venido a nuestra corte en busca de protección y asilo, ya que sufrían opresión y puesto que la ayuda al oprimido es un deber para los reyes justos, dado que éstos son vicarios de Dios en la Tierra. Él los ha hecho reyes sobre sus siervos y sus países para que juzguen con rectitud y equidad a las criaturas, ayuden a los débiles, se apiaden de los desgraciados, sometan a los opresores y obliguen a las criaturas a cumplir los preceptos de la ley. Han de juzgarlas dando gracias a Dios por los beneficios que les ha concedido y temiendo sus preguntas el día de mañana en el Juicio Final"».

Otro preguntó: «¿Habéis pensado qué vais a hacer si el rey ordena al cadí que nos juzgue y éste sentencia una de esas tres cosas?».

Contestaron: «No debemos transgredir la sentencia del rey y del cadí porque los cadíes son los sucesores de los profetas y el rey es el guardián de la religión».

Dijo otro: «¿Habéis pensado qué vais a hacer si el cadí decide manumitirles y dejarles libre el camino?».

Respondió uno: «Diremos que son nuestros siervos y esclavos, que los hemos heredado de nuestros padres y abuelos y podemos elegir, lo que queremos lo hacemos y lo que no queremos no lo hacemos».

Dijeron: «Y si el cadí dice: "Traed certificados, escrituras, testamentos y testigos de que éstos son siervos vuestros, que los habéis heredado de vuestros padres"».

«Contestaremos que traeremos como testigos a nuestros vecinos y a los adules de nuestros países.»

«Y si dice el cadí: "No acepto el testimonio de los hombres, unos para con otros, contra estos animales en esta cuestión de si

son vuestros siervos, porque todos los hombres están en litigio con los animales y el testimonio de los que litigan no es aceptado en el veredicto del juicio". También podría decir: "¿Dónde están los certificados, escrituras y testamentos? Traedlos y presentadlos si decís verdad". ¿Qué vamos a decir o hacer entonces?»

No hubo otra respuesta a esto que la de un beduino árabe, que dijo: «Diremos que tenemos títulos de escritura, certificados y testamentos, pero que se perdieron en el Diluvio».

«Y si dice: Jurad de un modo solemne que son vuestros siervos.»

«Entonces le contestaremos: "El juramento atañe a quien desmiente, nosotros, por el contrario, somos demandantes aquí"».

«Pero qué diremos si el cadí toma juramento a las caballerías y éstas juran que no son nuestros siervos.»

Contestó uno: «Diremos que han jurado en falso y que tenemos argumentos racionales y pruebas concluyentes que demuestran que son nuestros siervos. Pero –siguió diciendo– ¿habéis pensado qué vais a hacer si decide el juez su venta y el pago de sus precios?».

Contestaron los habitantes de las ciudades: «Los venderemos, tomaremos el importe de su precio y obtendremos así ganancia».

Los nómadas árabes, kurdos y turcos dijeron, por el contrario: «¡Por Dios, es nuestra perdición si hacemos eso! ¡Dios nos proteja, no habléis más de esto!».

Dijeron los de la ciudad: «¿Por qué?».

Contestaron: «Porque quedaremos sin leche para beber y sin carne para comer; sin vestidos de lana, sin mantos ni utensilios hechos a base de pelo, sin sandalias, sin botas, sin cobertura y sin alfombra. Quedaremos desnudos, descalzos, miserables, en mala situación y la muerte nos será preferible a la vida. Esto afectará a los habitantes de la ciudad tanto como a nosotros, puesto que también están necesitados de ellos».

«Así pues, no los vendáis ni los libertéis, ni se hable más de esto. Al contrario, no debéis estar contentos si no es haciéndoles favores, aliviándolos y compadeciéndoos de ellos, ya que son de carne y hueso como vosotros y por consiguiente también sienten y sufren. No habéis tenido ninguna preferencia ante Dios

para que os recompensase sometiéndolos a vosotros ni han cometido ellos pecado o culpa alguna contra Dios para que los castigue, sino que Dios hace y decide lo que quiere. No hay quien cambie su juicio ni quien vuelva atrás su sentencia. No tiene rival en su reino ni rebeldes a lo fijado por Él. Esto he dicho y pido perdón a Dios para mí y para vosotros.»

Cuando levantó el rey la sesión y hubieron marchado las partes que estaban presentes, se reunieron también los animales por su lado y mantuvieron una conversación en secreto.

Dijo uno: «Habéis oído las palabras y la discusión que ha habido entre nosotros y nuestros oponentes y todavía no se ha acabado la discusión. ¿Qué pensáis de todo esto?».

Contestó otro: «Volveremos por la mañana a quejarnos, a llorar y a gritar contra esta injusticia. Tal vez el rey se apiade y nos libre de nuestro cautiverio, pues hoy ha llegado a compadecerse de nosotros. No es conveniente pensar que los reyes y jueces dicten sentencia entre dos contrincantes sino tras juzgar contra uno de ambos con testimonios claros, pruebas testificales justas y argumentos que no pueden autentificarse más que mediante la elocuencia, la retórica y la maestría en el lenguaje.

He aquí que el juez de los jueces, el enviado de Dios, dice: "Vosotros contendéis ante mí, tal vez alguno de vosotros argumente de un modo más inteligente que otro y juzgue a favor de él. Sin embargo, aquél a cuyo favor sentencie con algo correspondiente al derecho de su prójimo, que no coja nada de él, pues lo único que habría hecho con esto sería haber cortado un trozo de fuego del infierno para él"[53].

Sabed que el hombre tiene una lengua más elocuente que la nuestra y una mejor retórica. Temo que sentencie a favor de ellos y en contra nuestra cuando examine y considere los argumentos. ¿Qué creéis más acertado? Si a alguno de la asamblea se le ha ocurrido algo, sea acertado o equivocado, que lo diga».

Dijo uno: «Creemos que lo más acertado es enviar mensajeros a las especies restantes de animales para comunicarles la noticia y pedirles que nos envíen sus delegados y oradores a fin de que nos ayuden en lo que pretendemos, pues cada especie tiene una virtud que otra no posee, así como diversas clases de discernimientos, ideas razonables y elocuencia. De esta manera, con mucha ayuda puede esperarse el éxito, la salvación y la victoria de Dios Altísimo, pues Él ayuda a quien quiere y es la recompensa de los piadosos».

La asamblea exclamó: «¡Qué acertado es lo que piensas y qué excelente es lo que has indicado!».

Dispusieron entonces seis embajadas para las seis especies de animales, pues la séptima especie era la de las caballerías y ganados que estaban allí presentes. Había un mensajero para las fieras, otro para las aves de rapiña, otro para las restantes aves, otro para los insectos, otro para los reptiles y otro para los animales acuáticos. Luego organizaron los mensajeros y los enviaron a cada especie.